MUSAS LEJANAS
MITOS CUENTOS LEYENDAS



CANTOS Y CUENTOS DEL ANTIGUO EGIPTO



Revista de Occidente
MADRID
1925


EX LIBRIS

CANTOS Y CUENTOS DEL ANTIGUO EGIPTO

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

MUSAS LEJANAS

Mitos Cuentos Leyendas

I. *El Decamerón negro*, por León Frobenius. (Publicado.)

II. *Cantos y cuentos del Antiguo Egipto.* (Publicado.)

III. *Cuentos populares de China.* (En prensa.)



MUSAS LEJANAS

Mitos Cuentos Leyendas

II

CANTOS Y CUENTOS

DEL

ANTIGUO EGIPTO

Con unas

Notas sobre el alma egipcia

por

José Ortega y Gasset

Revista de Occidente

Avenida Pi y Margall, 7

Madrid / 1925

IMPRENTA DE RAFAEL CARO RAGGIO. MENDIZÁBAL, 34. MADRID

NOTAS SOBRE EL ALMA EGIPCIA

Estas notas han sido premeditadas como introducción a esta antología de cantos y cuentos del Antiguo Egipto. No se proponen otra cosa que destacar en un somero esquema los rasgos del alma egipcia que más importan a quien desee comprender en su diferencial peculiaridad aquella viejísima civilización.

Las huellas del alma

El alma se expresa en la palabra y en el gesto, pero, además, se imprime en la obra. El gesto y la palabra dicha se volatilizan, y queda del alma que fué sólo la obra y la palabra escrita. Son sus huellas, sus presiones sobre la materia, llenas de

significación. No es desdeñable enseñanza que la materia, lo más opuesto al alma, sea la encargada de hacer pervivir a ésta. El resto del espíritu que no ha logrado materializarse se evapora.

Para penetrar en un alma tenemos que inclinarnos sobre la materia y rastrear sus huellas como para dar caza a un animal fugaz. El alma tiene la facultad de impregnar la materia en torno; no puede llegarse a ella sin darle alguna forma que sale de su propio fondo, que es su íntima emanación. Estas conformaciones o deformaciones son la confesión perdurable que la espiritualidad deja, como prenda de su flúido ser, en nuestras manos.

Y sería un error creer que, de esos dos medios de manifestación duradera que el alma posee — la palabra escrita y la obra—, es aquélla la que nos revela los mayores secretos. En la palabra, ciertamente, se propone el alma exteriorizar algo de sí misma; por esto decimos que se expresa. En la obra no se propone nada parecido, sino simplemente producir un objeto útil o grato — la morada, la espada, la estatua. Pero es el caso que esos objetos pueden tener formas innumerables, y al

preferir una el alma y excluir las demás, nos revela, sin sospecharlo, un secreto profundo de su ser, más profundo que todo lo que pudo decir con sus palabras. Adviértase que aquellas convicciones y sentimientos que forman el estrato último de nuestra persona son para nosotros de tal modo evidentes, constituyen supuestos tan primarios de nuestra vida, que ni siquiera reparamos en ellos, y menos puede ocurrírsenos comunicarlos. Se dice sólo lo que nos parece diferencial, lo que varía, lo que en algún sentido es cuestionable, lo que acontece sobre ese fondo último de actitudes y creencias. Pues bien, estos secretos últimos son los que aventa el alma cuando no pretende expresarse sino que, indeliberadamente, prefiere unas formas a otras, en los instrumentos, en las artes, en las instituciones. Más aún que la expresión en la palabra, es sincera e indiscreta la impresión en la obra. La única ventaja de la palabra es que es más clara, circunscribe más estrechamente su significado. La obra es un lenguaje más vago tal vez, por lo mismo que enuncia las más vastas confesiones. De todas suertes, el alma de un pueblo antiguo sólo es inteligible cuando se confrontan sus palabras y sus obras. La civilización

entera de la raza se presenta a nuestros ojos como una innumerable gesticulación, como un amplísimo lenguaje.

La primera fecha

«La primera fecha segura que registra la historia universal es el 19 de julio del año 4241 antes de Jesucristo. En ella fué establecido en el Bajo Egipto el calendario de 365 días.»—Eduardo Meyer, *Historia de la Antigüedad;* tomo I, 2.ª ed., pág. 110.

«Tempo» de la historia egipcia

En cierta manera, este dato de tan formal apariencia contiene y cifra todo lo esencial del alma egipcia. La instauración de un calendario supone que la colectividad ha llegado a la madurez de su cultura. En esa legislación sobre la medida del tiempo se resume siempre un vasto saber cosmológico. Pero, además, implica la existencia de un Estado fuerte y en

orden que posee ya una compleja técnica administrativa.

Ahora bien, el calendario egipcio es establecido en el Bajo Egipto. Constituía éste un cuerpo político que se había formado por colonizaciones emprendidas desde el Alto Egipto. A la existencia de un Estado en el Delta precedió la formación de otro Estado río arriba, verdadera cuna de la civilización egipcia. Esto significa que siglos antes de aquella fecha existía ya una nación poderosa, políticamente organizada, no lejos de la primera catarata. Pero si, retrocediendo hacia el año 5000 a. de J., queremos pasar más allá, topamos en seguida con los restos que las excavaciones recientes han exhumado, y esos restos pertenecen a una civilización sumamente primitiva, en rigor, paleolítica, que nada tiene que ver con la egipcia. De modo que no es posible retroceder mucho sin salirse de la historia de Egipto. Por otra parte, en torno a la fecha del 4000, según Borchardt, se están ya construyendo las pirámides, lo cual quiere decir, ni más ni menos, que Egipto está plenamente formado, tal y como va a ser en el resto de los milenios, con toda su estructura política, con todo su arte, con toda su técni-

ca, religión y saber. Así, en lo que respecta al tema más característico de esta civilización—el culto a los muertos—, hallamos que en las tumbas de hacia el año 4000 se encuentran ya figuras de criados y criadas, servidores presuntos del cadáver, modeladas por cierto sin pies, a fin, sin duda, de que no huyesen, dejando en desamparo a su señor. Por ese tiempo la agricultura ha alcanzado su máximo desarrollo y es ya idéntica a lo que va a ser hasta la época de Napoleón.

De suerte que la historia egipcia ofrece el ejemplo de una civilización política y moral que llega en un *prestissimo* fantástico a plena maturación, para anquilosarse en seguida y perdurar miles de años invariable en todo lo esencial. ¿Cómo se explica esto?

Pueblo agrícola. La vertiginosidad con que se constituye el Estado egipcio y su relativo estancamiento posterior tienen dos causas, material la una, psicológica la otra. La causa material fué, como es sabido, el Nilo. Aunque parcial, sigue pareciéndonos ver-

dadera la fórmula canónica dada por Herodoto: «Egipto es un don del Nilo.»

La tierra toda de Egipto es menor que dos provincias españolas. Sin embargo, su longitud es grande. Está repartida en dos breves bandas de terreno a ambas orillas del río. En algunos lugares su anchura no pasa de tres kilómetros. Más allá, a uno y otro lado, aprisionan el terruño fértil las rocas verticales que llevan sobre sus hombros el desierto. La inundación periódica es un beneficio, pero, a la par, un desastre. El agua cenagosa que luego fecundiza, primero destruye. Esto impone con una violencia clara, aguda, la necesidad de grandes trabajos de irrigación y drenaje, que no pueden ser emprendidos por familias aisladas ni siquiera por pequeños grupos sociales. El dominio sobre las aguas sólo es posible si una voluntad unitaria organiza la vida humana desde un punto del curso fluvial hasta su desembocadura.

La configuración de su territorio impuso al pueblo egipcio un destino agrícola. Y esto con raro exclusivismo. El valle del Nilo, acordonado a una y otra mano de desiertos, queda remoto del mundo. Míseros pueblos nómadas, retenidos en

los estadios más primitivos del desarrollo humano, rozan apenas la existencia del labriego nilota, defendido naturalmente por los escarpes de la roca que el río ha tajado. El egipcio no será ni guerrero ni comerciante hasta las postrimerías de su historia. Cuando necesita algo del exterior —por ejemplo, los exquisitos inciensos de Punt, junto al Mar Rojo—, tendrá que dar a la operación comercial un falso carácter bélico y dedicará a los que la emprenden himnos superlativos que Grecia no hubiera juzgado oportuno consagrar a Alejandro por la conquista de media Asia.

El fondo del alma egipcia, su estrato más hondo encargado de soportar el resto, está, pues, constituído por la psique de labriego más pura que haya existido nunca. Esto quiere decir docilidad y tradicionalismo, recogimiento en lo cotidiano, imperio del hábito, gravitación hacia el pasado.

Pero las condiciones peculiares de la agricultura en las riberas del Nilo imponen inexorablemente una organización complicada, postulan un Estado. Lo más frecuente en la historia ha sido que el Estado no represente una necesidad primaria para la vida individual. Los pequeños grupos sociales se bastaban a sí mismos para todo lo ur-

gente. El Estado sólo era preciso para fines más elevados y en cierto modo abstractos. Era, por decirlo así, un lujo advenedizo. Los que sentían esa genial voluntad de forjar un Estado tuvieron de sólito que imponerlo a los pequeños grupos consanguíneos, quebrando su egoísmo. En el Nilo, por el contrario, la tendencia hacia un Estado se halla inscrita desde luego en la existencia privada como una de sus condiciones materiales. El simple hecho de que la inundación anual borra las lindes de los labrantíos fuerza a buscar un acuerdo entre los grupos próximos, una jurisprudencia y una autoridad.

Puede decirse que el egipcio, a diferencia de casi todos los demás hombres, se siente nativamente miembro de un Estado. Su ser privado no es previo y distinto de su ser político.

Hay un síntoma que nunca falta para calcular la fuerza del principio de Estado en una sociedad, y es medir la fuerza que el principio familiar desarrolle en ella. La familia, el instinto de consanguinidad, es antagónico del instinto político y viven el uno a expensas del otro *. Pues bien, en

* Véase mi ensayo *El origen deportivo del Estado*, publicado en *La Nación* de Buenos Aires.

Egipto todo lo familiar aparece desde luego reducido a su mínima expresión. Antes de formarse las dos grandes naciones del Norte y el Sur, hallamos a los egipcios organizados en llamados *nomos* o distritos, que muy acertadamente compara Meyer a los Estados-Ciudades del Mediterráneo. Ya en ellos triunfa el poder político como único principio de organización social; no existen grupos familiares ni gentilicios donde la sangre condicione la situación del individuo, sino que éste vive calificado sólo por su puesto en el Estado e incluído en el gremio a que su oficio corresponde. No usa nombres familiares ni alude jamás a sus antepasados en las inscripciones. Apenas si se hace constar el nombre del padre *.

Nosotros somos casi por entero personas privadas, y sólo apendicularmente somos ciudadanos, órganos del cuerpo político. El egipcio, al revés.

Da ello un carácter sumamente extraño a esta civilización primera. La vida es casi exclusivamente oficial. Cada cual es lo que es como pieza de la máquina pública.

* Meyer, 74.

Falta de individualidad Ese «oficialismo» de la existencia íntegra sería imposible si cada persona singular tuviese, como suele decirse, su alma en su almario; si cada cual sintiese su individualidad y la afirmase. Pero el alma egipcia es colectiva y no individual. Quiero decir con esto: primero, que el alma de cada egipcio era prácticamente idéntica a la de otro cualquiera, que estaba formada por un repertorio igual de pensamientos y reacciones; no sentía el choque con el prójimo, ni percibía esa diferencia que, como Stendhal dijo, engendra odio; segundo, no sólo eran idénticas las almas, sino que su contenido estaba desproporcionadamente constituído por contenidos sociales.

Suele con error creerse que la psique humana se forma partiendo de un núcleo central en lo más íntimo de cada persona que luego va engrosando el volumen del alma hasta tocar la del prójimo y formar así la espiritualidad social. Tal suposición impide la inteligencia de la psicología primitiva. La verdad es, más bien, lo inverso. Lo que primero se forma de cada alma es su periferia, la película que da a los demás, la persona o yo social. Se cree lo que creen los demás; se sien-

ten emociones multitudinarias. Es el grupo humano quien, en rigor, piensa y siente en cada sujeto.

Así, en Egipto, el individuo desaparece bajo la hopa del funcionario, del labriego, del sacerdote. El faraón mismo no es una personalidad intransferible, sino un mero soporte de su dignidad pública. Por tal razón, no se halla reparo en copiar tras el nombre de un rey la lista de hazañas a que otro dió cima. Aquí y allá asoma tal vez un pujo de individualidad. Un rey hace un gesto propio, un pintor insinúa una novedad; mas, al punto, la singularidad se generaliza y hace convencional. Diríase que la vida de cada hombre puede, sin resto, verterse en otro hombre sin que se note la suplantación.

El gigantesco legado de pintura y plástica que Egipto nos dejó confirma superlativamente esta falta de individuación en el alma egipcia. Cuando han querido, el pincel y el buril del artista nilota han creado portentosos retratos. No cabe, pues, atribuir a defecto de técnica la escasez de ellos. El mismo personaje de quien conservamos un retrato se hace representar cien veces en forma convencional y desindividualizada. Lo que inte-

resa a él y al artista es su persona típica—su rango, su oficio—, no su perfil singular.

Este alma primitiva sentía la individuación como un desgarramiento doloroso del bloque social en que vive engastada. Así, la nota más moderna—más individualizada—de toda la cultura egipcia es la narración de Sinué. Este aventurero es acaso el único estremecimiento de plena individualidad que registran tres mil años de historia. Y—coincidencia curiosa—es un anormal, un fugitivo, un evadido, un desertor. Huye de Egipto, gana honra y provecho en tierras extrañas—una vaga resonancia del Cid—y vuelve a morir a la tierra madre. Al retorno cuenta sus vicisitudes. Él mismo no se explica cómo le ocurrió huir, desterrarse. Aún siente la titilación del dolor que esta secesión le produjo. «La fuga realizada por tu servidor—dice contrito al rey—no fué intencionada; no estaba en mi corazón y no la premedité. No sé lo que me arrancó de donde estaba. Fué como un sueño, como si un hombre del Delta se viese de pronto en Elefantina, o un hombre de los pantanos en Nubia.» Sinué atribuye, pues, su acción individualista a un rapto de amencia.

Nosotros no tenemos una noción individual de la oveja; así, el egipcio no la tenía del hombre. Ni de sí mismo, ni de su prójimo.

Pueblo de funcionarios No ha existido nunca una sociedad que sea más pura y exclusivamente un Estado que en Egipto. Concluye por absorber el país entero. En el nuevo Imperio es propietario único de todo el territorio, que arrienda en parcelas al 20 por 100. Todo llevaba a hipertrofia del Estado. La condición externa de la vida egipcia—la agricultura en terreno de inundaciones periódicas—equivalía a un mandamiento hacia la más amplia organización política; la condición interna, el módulo psicológico, era, por su falta de individuación, una tendencia nativa y como preestablecida a lo mismo.

El Estado, entidad abstracta y sobreindividual, es el único protagonista de la historia egipcia, que a ello debe su ejemplar continuidad durante milenios. El Estado es un sistema de moldes intelectuales y morales. Genialmente, Hegel lo llamó «espíritu objetivo», aceptando la contradicción

que la fórmula incluye. El egipcio no necesitó superar una intimidad arisca e indócil para adaptarse a esos moldes públicos. Estaba hecho para ellos. En él lo espontáneo era ya lo oficial, lo convencional. El artista se complace en conformarse a la pauta recibida. El gran dignatario no contará en los jeroglifos de su tumba nada de sus destinos privados, sino meramente para constar los cargos que desempeñó, las empresas oficiales de que fué encargado, los títulos que decoraron su persona.

Egipto ha sido el paraíso de los títulos. Exento de vida privada, el hombre del Nilo espera del título oficial el perfil diferenciador que por sí no tiene.

Sobre la masa agrícola se eleva la masa de los empleados. La sociedad egipcia es, en su porción superior, un pueblo de funcionarios, como era inevitable allí donde el Estado no nace de una genial imposición guerrera sino de una necesidad de organización. Funcionarismo, burocracia...; otro síntoma de individualidad ausente.

Los empleados fueron los creadores de la cultura egipcia, que ha sido, consecuentemente, una cultura de convencionalismos prácticos, de recetas, de fórmulas. Toda persona sin individualidad es

feliz cuando se encuentra al frente de una oficina. En Egipto no había más que pegujales y oficinas. Los templos eran una variedad burocrática, una administración que recogía los bienes de este mundo en sus vastos graneros y los canjeaba por bienes de ultratumba.

La escritura El funcionario es en Egipto el hombre culto —lo mismo que en China y por análogas razones. La cultura consiste puramente en técnicas oficiales, y casi se resume en la escritura y su adjunto, la contabilidad. El egipcio siente un respeto religioso por la sabiduría; pero la palabra con que denomina el saber, el conocimiento, es sospechosa. Como nuestros labriegos, llama al saber «los libros». Saber es simplemente saber escribir. El sabio es el escriba, el literato—como en China. El hombre que sabe dibujar letras lo es todo en esta civilización. «Nadie conoce el nombre del iletrado, del analfabeto—dice un viejo texto—, y es como un asno harto de carga que el letrado aguija.»

La escritura y su secuela la contabilidad dominan la vida egipcia, la penetran, la inundan. Se

escribe continuamente, en tabletas menudas o en rocas gigantes. De todo se forma expediente y se hace inventario, con una tinta perenne que sigue hoy neta al cabo de cinco mil años. El escriba pulula inexorable. Se le halla dondequiera con su cálamo tras de la oreja, como nuestros covachuelistas y tenderos. Desde los diez o doce años, el egipcio que no cultiva el campo trabaja en la oficina. Hay contadores para todo, con sus títulos especiales; hay «contadores de cereales», de bueyes, de árboles. El tesorero mayor del Imperio Nuevo se denomina «guardián de la balanza». Sin embargo, no existe el menor intento de ordenar una gramática ni de elaborar una aritmética. La teoría, la ciencia, faltan por completo. La escritura tiene un sentido mágico y administrativo, pero no intelectual. Se ama la forma de la letra, no el posible espíritu que cupiera inyectar en ella. Cuando muere un niño, se ponen en la tumba sus planas caligráficas. No obstante, la pedagogía egipcia aparece resumida en esta frase: «El niño tiene espalda: escucha cuando se le pega.»

José Ortega y Gasset

Los cuentos y cantos publicados en el presente volumen han sido elegidos entre los más característicos de la literatura egipcia.

El 1.º—La historia de Sinué—fué descubierto en 1863 por el egiptólogo Chabás y diferentes veces traducido a idiomas modernos. Existen bastantes manuscritos. Procede del Imperio medio, de los años 1995-1965 a. J. C. Sinué vivía bajo el famoso rey Amenemet y su hijo, Sesostris I.

El 2.º—La historia del náufrago—pertenece igualmente al Imperio medio y fué descubierto por Golenischeff. Es un cuento fantástico. Un príncipe egipcio, enviado al Sur en misión por el rey, regresa a la corte y viene temeroso por el mal éxito de su viaje. Uno de sus acompañantes intenta darle ánimos, contándole lo que le sucedió a él en un caso semejante.

El 3.º—El rey Keops y los magos—tiene un carácter más popular. El rey Keops, constructor de la gran pirámide (hacia 2900 a. J. C.), oye los

relatos que sus hijos le hacen de los grandes prodigios realizados por los magos de antaño. Por último, uno de los príncipes trae a la presencia de su padre un auténtico mago de la época presente. Por desgracia, este mago es también profeta y vaticina al rey el término de su dinastía. Faltan el principio y el final del papiro, que es el conocido bajo el nombre de papiro Westcar, en Berlín. El papiro Westcar procede de la época de los Hycsos.

El 4.º —La fundación del templo— *constituye un hermoso ejemplo de la literatura oficial. El texto, que se halla en un pergamino de la época de Amenofis II, es la copia de la inscripción en piedra que el rey Sesostris mandó grabar para eterna memoria de su resolución de construir el templo. Fué descubierto por L. Stern en 1875**.

El 5.º —La lucha del cansado de la vida con su alma— *es un interesantísimo documento que nos revela el estado doliente y pesimista del alma egipcia. Pertenece probablemente a los últimos tiempos del Imperio antiguo, a la época que precede la dinastía XII, época de catástrofes y dolores. El papiro es, sin embargo, posterior y pertenece al Imperio medio.*

El 6.º—Las quejas del felah *(o campesino)* —

* En las primeras líneas de este trozo se ha deslizado una errata. Debe leerse «hijo de Re, Sesostris», en vez de «hijo del rey Sesostris».

debió de ser un preciadísimo y muy popular trozo literario. Existen cuatro manuscritos del Imperio medio, descubiertos por Chabás en 1863. La riqueza de imágenes y la suntuosidad verbal de la expresión constituyen el principal encanto de estas invectivas, cuyo carácter quejumbroso queda salvado por la leve ironía del rey y su ministro que de antemano y en secreto están dispuestos a favorecer al aldeano, a quien dejan quejarse por el gusto de oírle hablar bien. El «llano de la sal», patria del aldeano, es el pequeño oasis situado al oeste del Delta y conocido en la época cristiana bajo el nombre de «desierto nítrico».

El 7.º — Cantos al rey Sesostris III — *es un buen ejemplo de la pomposa poesía oficial. Se conservan en un papiro de la dinastía XII, hallado en las ruinas de Kahun. El rey Sesostris III gobernó entre 1882 y 1845 a. J. C.*

El 8.º—Cantos a Osiris—*se conserva en una losa funeraria de la XVIII dinastía. El dios Osiris es primitivamente dios de la vegetación, y muere con la sequía para resucitar después de la inundación. Su leyenda fué complicándose y personalizándose. Era hijo de Keb, dios de la tierra, y de Nut, diosa del cielo. Fué rey de Egipto, pero su hermano Set le dió muerte y tiró su cadáver al agua. Su hermana y esposa Isis lo buscó mucho tiempo, hasta que encontró el cadáver y, abanicándole, le devolvió la vida. Osiris e Isis tuvie-*

ron un hijo, Horus, que se crió oculto en un paraje misterioso para escapar a las asechanzas de Set. Cuando Horus fué mayor, acudió al tribunal de los dioses, quienes le entregaron el reino de Egipto. Osiris, desde entonces, gobierna el reino de los muertos.

El 9.º—El cuento de los dos hermanos—*es un cuento popular, ingenuo y sencillo que probablemente transcribe una leyenda religiosa de los dioses Anubis y Bata, adorados en la ciudad del Alto Egipto Saka. El cuento pertenece a la época del Imperio nuevo y se halla en el papiro d'Orbiney, descubierto en 1852 por de Rougé. Ha sido traducido muchas veces. Está el papiro firmado por el escriba Ennana, que vivió bajo los reyes Mer-en-ptah y Sethos I, hacia fines de la dinastía XIX (1220 a. J. C.).*

El 10.º—El príncipe predestinado—*ha sido popularizado por la adaptación de Jorge Ebers. Aquí, naturalmente, damos su forma textual. Fué descubierto por Goodwin en el dorso del papiro Harris 500. Ha sido muchas veces traducido. Es de la época de Ramsés II (1300-1234 a. J. C.).*

El 11.º—El viaje de Unamún—*reproduce muy probablemente hechos reales acontecidos al sacerdote Unamún, del templo de Amón, de Tebas. Hállase en el papiro de Moscú descubierto por Golenischeff. Pertenece al Imperio nuevo, hacia el año 1000 a. J. C.*

El 12.º—Advertencias y amonestaciones al discípulo—*describe las costumbres de los escolares y compara la suerte del escriba con la desventura de los demás oficios. Se conservan los fragmentos en varios papiros y óstraka (conchas escritas) del Imperio nuevo.*

El 13.º—Cantos de amor—*nos presenta una muestra de la poesía erótica, que tiene no poco del orientalismo del «Cantar de los Cantares». Proceden estos cantos de distintos papiros y óstraka. Son de la época de Sethos I (hacia 1300 a. J. C.).*

El 14.º—El gran himno de Amón—*se conserva en un papiro de El Cairo. Fué escrito bajo Amenofis II, hacia 1420 a. J. C. Amón-Re fué el mayor dios del Imperio nuevo; era dios del Sol y se le atribuyeron todas las leyendas anteriores de Re de Arachti, de Atum.*

CANTOS Y CUENTOS
DEL ANTIGUO EGIPTO

1

La historia de Sinué

EL príncipe y conde, el administrador de los dominios del rey en los países asiáticos, el verdadero conocido del rey, a quien el rey ama, el cortesano Sinué, dice: «Yo era el que seguía a su señor y el servidor de la princesa en el harén del rey, de la muy favorecida esposa del rey Sesostris, hija del rey Amenemet, *Nefru*, la muy honrada.

El año 30, el día noveno del tercer mes de la inundación, entró el rey en su horizonte, el rey Amenemet se lanzó al cielo, se unió con el sol y su cuerpo divino quedó absorto en Aquel que lo había creado. Reinaba el silencio en el palacio. Los corazones estaban llenos de duelo. Las dos grandes puertas permanecían cerradas. Los cortesanos estaban en cuclillas, con la cabeza sobre

las rodillas. El pueblo se lamentaba amargamente.

Su Majestad había enviado un ejército al país de los Temehu *. Era jefe del ejército su hijo primogénito, el buen dios Sesostris, quien ahora volvía con muchos prisioneros hechos a los Tehenu** e incontables rebaños de ganado.

Los gentileshombres de la corte mandaron emisarios hacia el lado occidental (del Delta) para comunicarle al hijo del rey lo ocurrido en palacio. Los emisarios lo encontraron por el camino, alcanzándole a la noche. No vaciló, y el halcón (el nuevo rey Sesostris I) voló con su séquito sin decir nada a su ejército. Pero se habían mandado también emisarios a los otros hijos del rey, que le acompañaban en el ejército, y se llamó a uno de ellos para que nada dijese. Yo estaba allí no lejos y oí su voz cuando habló.

Llenóse de confusión mi corazón. Cayeron mis brazos, se estremecieron todos mis miembros. Me separé y me fuí en busca de un escondrijo. Me senté entre dos matas para apartarme del camino.

Caminé hacia el Sur; pero no me atreví a volver a palacio, pues imaginaba que estallaría la guerra y perdería la vida en las luchas que iban a se-

* Pueblo libio al oeste del Delta.

** Otro pueblo libio.

guir. Atravesé las aguas del Maatige, no lejos del sitio llamado del Sicomoro. Llegué a la isla Snefru y descansé allí en el campo. Rompí la marcha temprano. Encontré a un hombre que mostró miedo de mí. Al tiempo de la cena me aproximé a la ciudad del Toro, atravesé el agua en una barca sin timón, gracias al viento del Oeste que soplaba, y pasé al este de las canteras, en la comarca de la «Señora de la Montaña roja». Luego encaminé mis pies hacia el Norte, hasta llegar a la muralla del príncipe, destinada a contener a los beduínos, y me mantuve agazapado en una espesura, de miedo a que me viese el centinela de la muralla que estaba de servicio.

A la noche proseguí mi camino, y al romper el día llegué a Peten y descansé en la isla Kember. Allí me aconteció que me vi acometido de sed. Me sentí desfallecer, ardía mi garganta y dije: «Este es el sabor de la muerte.» Pero en esto se alivió mi corazón y concentré mis miembros, pues había oído los mugidos de un rebaño y veía acercarse a los beduínos. El jeque de los beduínos, que había estado en Egipto, me reconoció, me dió agua, mandó cocer leche para mí y yo me fuí con él a su tribu, donde me trataron bien.

Pasé de comarca en comarca. Salí de Byblos y fuí a dar a Kedemi, donde estuve medio año. Nenschi, el hijo de Amu, el príncipe del Retenu superior, me dijo: «Estarás bien aquí, porque

oirás hablar egipcio.» Dijo esto, pues sabía cuál era mi valor y había oído hablar de mi talento. Algunos egipcios que vivían en su corte le habían informado de mí.

He aquí que me dijo: «¿Por qué has venido a parar aquí? ¿Es que ha ocurrido algo en el palacio?» Yo le respondí: «Sehetep-ib-re * ha hecho el viaje al horizonte y luego no se sabe lo que ha acontecido.» Y proseguí diciendo falsamente y con astucia: «Al regresar de la expedición al país de Temehu se me anunció la novedad, y mi corazón tembló. Mi corazón se me salía del pecho y me transportó por los caminos del desierto. Sin embargo, nadie había hablado de mí ni me había escupido. No escuché ninguna murmuración ni oí mi nombre en boca del heraldo. No sé lo que me ha traído a este país. Fué algo así como un designio de Dios.» A esto replicó él: «¿Cómo vivirá sin él el país de Egipto, sin ese dios excelente, cuyo terror se extendía por todos los pueblos como Sechmet (la terrible diosa con cabeza de león) en un año de pestes?» Pero yo le hablé, respondiéndole: «Su hijo ha entrado en el palacio y ha recogido la herencia de su padre. Es el dios sin segundo, al que nadie aventaja, maestro de sabiduría, prudente en los designios, acertado en los decretos. Bajo sus órdenes, todos van y vienen.

* Nombre oficial del rey difunto.

Él era quien conquistaba las tierras extranjeras, mientras su padre descansaba en el interior del palacio. Él anunciaba a su padre el cumplimiento de los encargos recibidos.

Es el fuerte que labora con su brazo,
campeón sin segundo.
Todos le miran cuando acomete al enemigo,
cuando acomete a los guerreros.
Rompe el cuerno del toro enemigo y paraliza
[sus manos,
y los enemigos no pueden mantener ante él
[sus líneas.
Enfría el valor del adversario y rompe
[los frentes,
y nadie permanece en su proximidad.
Es el rápido corredor persiguiendo al fugitivo;
no hay salvación para los que le vuelven
[la espalda.
Es el corazón firme que resiste los choques,
pone en fuga a los otros y no vuelve nunca
[la espalda.
La multitud del enemigo redobla su valor,
y sólo la victoria puede calmarle.
Acomete animoso a las tropas orientales,
y su gozo consiste en hacer prisioneros
[a los enemigos.
Embraza su escudo y aplasta al adversario,
y no necesita nunca redoblar el golpe para matar.

Nadie es capaz de desviar su flecha,
ni hay quien pueda tender su arco.
Los bárbaros huyen ante él despavoridos,
como ante una fuerza divina.
En el combate no sabe detenerse,
y pelea hasta que nada queda del adversario.
Es el muy amado, el lleno de dulzura,
y a muchos ha conquistado por el amor.
Le ama su ciudad más que a sí propia,
y se regocija en él más que en Dios mismo.
Hombres y mujeres al pasar
le aclaman jubilosos.
Es el rey que ya en el vientre de su madre
[ha conquistado;
desde su nacimiento es suya la victoria.
Es el que ha hecho multiplicarse a sus súbditos.
Dios lo ha dado a su tierra para regocijo.
¡Cómo se regocija el país que él gobierna!
El es quien dilata sus fronteras.
Conquistará las tierras del Sur,
y aún no piensa en los países del Norte.
Ha sido creado para vencer a los beduínos
y para destrozar a los pueblos del desierto.

Envíale noticias tuyas; haz que sepa tu nombre y no ofendas a Su Majestad con ninguna palabra. Todas son venturas para los países que se le someten.»

El me respondió: «¡Dichoso Egipto, gobernado

por príncipe tan grande! En cuanto a ti, quédate conmigo y te haré bien.»

Me puso a la cabeza de sus hijos y me casó con su hija mayor, y me permitió escoger de su territorio lo más selecto que poseía en la frontera de otro país vecino. Era una tierra excelente y se llamaba Yaa. Hay en ella higos y viñedos y más vino que agua; es rica en miel y sus árboles dan mucha aceituna y frutos de todas especies. Hay también avena y trigo y ganados innumerables. Fué también el príncipe pródigo en dones conmigo, y me hizo jefe de una de las mejores tribus de su país. Tuve pan para mi comida ordinaria, y vino como bebida, y carne guisada y pájaros asados, aparte de la caza del desierto. Cazaban para mí, sin contar lo que me traían mis propios perros. Me daban muchos pasteles y leche en diverversos condimentos.

Pasé allí numerosos años. Mis hijos se hicieron fuertes y cada uno de ellos dominó en su tribu. Los mensajeros que caminaban hacia el Norte o iban al Sur, hacia Egipto, se hospedaban en mi casa, pues yo practicaba la hospitalidad con todo el mundo, dando de beber al sediento, enseñándole el camino al extraviado y salvando al que había sido robado. Cuando los beduínos en su arrogancia resistían a los príncipes del país, era yo el encargado de dirigir las guerras. El príncipe de Retenu decidió que fuera durante

varios años el general de su ejército. Ante mi acometida, cuantos países atacaba perdían sus pastos y sus pozos. Cogía su ganado, me apoderaba de sus esclavos y provisiones y mataba a los hombres. Vencía con mi brazo y mi arco, con mis marchas y mis planes bien combinados. Gané el corazón de mi príncipe, quien me amó por mi valor, y al ver la firmeza de mi brazo me puso a la cabeza de sus hijos.

Llegó en esto un hombre fuerte de Retenu, quien me retó en mi tienda. Era un héroe sin igual, que había vencido a todos los de Retenu. Dijo que venía a luchar conmigo. Se proponía despojarme y quitarme mis rebaños a instigación de su tribu. El príncipe deliberó conmigo, y yo dije: «No le conozco; no soy un aliado suyo que entre y salga en su tienda. ¿He abierto alguna vez su tienda o derribado su muralla? Es sólo envidia, porque ve que cumplo tus encargos. Yo soy como un toro en medio de sus vacas cuando le acomete un novillo forastero. Yo soy un forastero que no es amado, como no sería amado un beduíno en el Delta. Pero si él es un toro batallador y ama la lucha, yo soy también un toro de pelea y no me asusta medirme con él. Si su corazón ansía la lucha, que diga lo que desea. ¿Es que Dios ignora lo que ha determinado?...» A la noche compuse mi arco, afilé mis flechas, saqué mi puñal y arreglé mis armas. Por



la mañana temprano todo Retenu acudió. Había venido la mitad del país. Había reunido sus tribus pensando en esta lucha. Todos los corazones palpitaban por mí; las mujeres de los hombres hablaban excitadas y todos me tenían simpatía. Decían así: «¿Hay otro fuerte que pueda luchar con él?»

Apareció con su escudo, su hacha y un brazo de venablos. Pero cuando fué a usar de sus armas, resultó que sus flechas pasaban a mi lado sin tocarme; y cuando estábamos el uno cerca del otro, me acometió; yo disparé sobre él, y mi flecha se clavó en su nuca. Dió un grito y cayó sobre su nariz. Yo le acabé con mi hacha. Lancé mi grito de victoria sobre sus espaldas, y todos los asiáticos celebraron mi triunfo. Le di gracias al dios de la guerra Month, y los partidarios del vencido comenzaron a llorarlo. El príncipe Neneschi, hijo de Amu, me estrechó en sus brazos.

Y ocurrió que me llevé los bienes del vencido y sus rebaños. Lo que él pensaba hacerme se lo hice yo. Cogí cuanto había en su tienda y entregué al pillaje su campamento. Con esto me engrandecí, aumentaron mis tesoros y se enriquecieron mis rebaños.

Y esta gracia se la concedió Dios a aquel a quien se reprochaba haber pecado contra él huyendo a tierra extranjera. Hoy su corazón está lleno de nuevo júbilo:

Un tiempo huyó el fugitivo...
Hoy se sabe de mí en el palacio.
Un tiempo me deslizaba muerto de hambre...
Ahora les doy pan a mis vecinos.
Un tiempo un hombre dejó, desnudo, su país...
Hoy me visto con ropa de fino lienzo.
Un tiempo corrió un hombre que de nadie [disponía...
Hoy tengo multitud de siervos.
Mi casa es bella y amplios mis dominios.
Y en el palacio de Egipto se acuerdan de mí.

¡Oh Dios, quienquiera que seas, que me has predestinado antaño para aquella huída! ¡Hazme merced y vuélveme al palacio de Egipto! ¡Concédeme que vuelva a ver el lugar en que mi corazón reposa! ¡Qué mayor dicha que la de que mi cadáver descansase en la tierra en que he nacido! ¡Ven en mi ayuda para que me sea concedida esa gracia, para que el Dios me dé su paz! Que el Dios me dé su gracia y me prepare un buen fin, a pesar de haberle ofendido. Tenga el Dios piedad del que se ha visto forzado a vivir en tierra extranjera. Si el Dios está apaciguado, que se digne escuchar mis plegarias lejanas.

Que me sea favorable el rey de Egipto, para vivir de su gracia, para ejecutar en su palacio los deseos de la reina y escuchar las órdenes de sus hijos.

Que se rejuvenezca mi cuerpo, pues ha llegado

a la vejez y le ha alcanzado el mal. Mis ojos se han hecho pesados, penden mis brazos, mis pies se niegan a seguir mis deseos. Mi corazón está ya cansado y la muerte se acerca a mí. Que me conduzcan a las ciudades de la eternidad. Quiero seguir a la dueña y señora de Todo. ¡Ojalá mi señora quiera referirme las bellezas de sus hijos y concederme la eternidad de la tumba!

Se habló a la Majestad del rey Cheper-ka-re* sobre la situación en que me encontraba, y Su Majestad se dignó enviarme regalos regios para que se alegrase el servidor, como los que envía a los príncipes de otro país; y sus hijos me escribieron también.

Copia del decreto enviado al servidor a propósito de su vuelta a Egipto: «Horus, vida de los nacimientos, señor de las diademas, rey de los nacimientos, señor del Alto y Bajo Egipto, Cheper-ka-re, hijo del Sol, Sesostris, que vive por siempre y eternamente.

Orden del rey al servidor Sinué. He aquí que se te envía esta orden del rey para que sepas lo siguiente: Has recorrido los países extranjeros, desde Kedemi a Retenu. De un país te has pasado al otro siguiendo los consejos de tu propio corazón. ¿Qué has hecho para que se te pueda hacer algo? No has maldecido de modo que hubiera que opo-

* Nombre oficial del rey Sesostris I.

nerse a tus palabras, ni has suscitado tampoco contradicción en la deliberación de los consejeros. Sólo aquel pensamiento te ha hecho marcharte. La reina, tu cielo que en el palacio vive, allí sigue y prospera y comparte el gobierno del país, y sus hijos están en la parte reservada del palacio. Vivirás de los regalos que te den cuando estés en palacio. Ven a Egipto para que veas el palacio en que has crecido, para que beses prosternado la tierra ante las dos puertas y puedas mezclarte entre los cortesanos.

Hoy has comenzado a envejecer, has perdido tu potencia viril y has pensado en el día del embalsamamiento en que seas conducido a la eterna bienaventuranza. Te será consagrada una noche con aceite de cedro, y las manos de Tait (la diosa del tejer) te colocarán las cintas. Se hará tu comitiva el día del entierro; tu envoltura de momia será de oro, la cabeza de lapislázuli, y habrá sobre ti un baldaquino. Serás puesto en el sarcófago, tirarán de ti unos bueyes, te precederán cantores, se ejecutarán las danzas rituales, a la puerta de tu sepultura se recitarán las invocaciones de sacrificio y se matarán para ti víctimas. Las pilastras de tu sepulcro serán de piedras blancas y estarán en el recinto de los sepulcros de los hijos del rey. No morirás en tierra extranjera, no te enterrarán los asiáticos ni serás metido en una piel de carnero. Cuida, pues, de tu cadáver y ven.»

Este decreto llegó a mí estando en medio de mi tribu. Cuando me lo hubieron leído, me tendí sobre el vientre, toqué el polvo y lo puse sobre mis cabellos. Corrí alegre por mi campo, exclamando jubiloso: «¿Cómo es posible que semejante gracia se otorgue a un servidor a quien el corazón ha inducido a marcharse a tierras extranjeras? ¡Qué buena cosa es la compasión que me libra de la muerte! Tu Ka* va a permitir que acabe mi vida en la corte.»

Copia del acuse de recibo de este escrito:

«El servidor del palacio, Sinué, dice: ¡En la más bella de las paces! La huída que este tu servidor emprendió inconscientemente es conocida de tu Ka, oh buen dios, oh señor de los dos países, amado de Re y ensalzado por Month de Tebas, Amón de Karnak, Sobk, Re, Horus, Hathor, Atum con sus nueve dioses, Sopdu-Neferbau-Semseru, el Horus oriental, la Señora de Buto que se ha ceñido a tu cabeza (la serpiente o diadema real), los funcionarios de la inundación, Min-Horus, que reside en las comarcas extranjeras, la Wereret de Punt, Nut, Harueris-Re, los dioses de Egipto y de las islas del mar —¡que todos éstos den vida a tu nariz, te recuerden en sus do-

* El Ka es la fuerza vital del hombre y también el alimento que la determina, y es, además, la personalidad que en el hombre siente y alienta.

nes, te den la eternidad sin límites y el tiempo eterno sin fin!

Del temor que inspiras se habla en los países de Egipto y en las comarcas extranjeras. Has domeñado cuanto abarca el sol en su carrera. Este ruego del servidor va dirigido a su señor, al que salva del reino de los muertos, al señor de la sabiduría, que conoce a los hombres y ha adivinado mis deseos. El servidor temía decirlo, pues era cosa grave de referir; pero el gran dios que iguala a Re le ha infundido cordura para hablar contigo. Tu Majestad es el Horus vencedor, y tus brazos son fuertes contra todos los países.

Ahora le ruego a Tu Majestad que ordene que se traiga a Meki de Kedemi, a Chentiu-Iausch de Chen-Keschu, y a Menus del país de los Fenechu. Son todos ellos príncipes que te aman y testigos de mis hechos; no necesito mencionar a Retenu; es tuyo como los son tus perros.

La fuga realizada por tu servidor no fué intencionada; no estaba en mi corazón y no la premedité. No sé lo que me arrancó de donde estaba. Fué como un sueño, como si un hombre del Delta se viese de pronto en Elefantina, o un hombre de los pantanos en Nubia. Nada tenía que temer; no se me perseguía, no había oído nada malo de mí, ni mi nombre andaba en lenguas de las gentes. Ocurrió que se estremeció mi cuerpo, se impacientaron mis pies, me guió mi corazón y el dios que

me predestinó a esta fuga me arrastró. No he huído por obstinación, y el que conoce su país siente el temor, porque Re ha extendido el temor de ti en el país y el espanto en todas las comarcas extranjeras. Esté en el palacio o esté en este lugar, tú eres quien puede oscurecer mi horizonte; el sol sale obedeciendo a tu mandato, se bebe el agua del río cuando tú quieres y se respira el aire del cielo cuando tú lo dices.

Este servidor dejará las funciones que ha tenido en este lugar.

Tu Majestad hará lo que le plazca, pues vivimos del aire que tú nos das. Re, Horus y Hathor prefieran tu nariz augusta, para que viva eternamente según el deseo de Month de Tebas.»

Me estuve aún un día en Yaa; les di a mis hijos todos mis bienes; mi hijo mayor quedó al cargo de mi tribu y recibió todo mi patrimonio, mis siervos, mis rebaños, mis frutos y mis palmeras.

El servidor que habla se encaminó hacia el Sur e hizo alto en los cruces de Horus*. El general que mandaba las tropas de la frontera envió un emisario al palacio para comunicar mi llegada. Su Majestad envió un excelente director de los campesinos de la casa del rey con barcos llenos de regalos regios para los beduínos que me habían seguido y acompañado hasta los cruces de Ho-

* Frontera de Egipto.

rus. Los presenté llamando a cada cual por su nombre.

Los cocineros se pusieron a su tarea, y yo levanté velas y emprendí la travesía. Los artesanos iban trabajando, amasando y guisando hasta que llegué a la «Conquistadora de los dos países» (la capital de entonces). Al amanecer el día, a la mañana siguiente, vinieron a llamarme y diez hombres me llevaron al palacio.

Toqué el suelo con la frente entre las esfinges, y en la puerta me esperaban los hijos del rey, y los gentileshombres que introducen en el salón me llevaron a la gran sala. Allí estaba Su Majestad, en el gran trono de la puerta dorada; me arrojé sobre el vientre, perdiendo todo conocimiento, aunque el dios me saludó afablemente. Era como uno que es arrastrado en la oscuridad; desfalleció mi alma, tembló mi cuerpo, mi corazón me abandonó y no sabía si estaba vivo o muerto.

Entonces, Su Majestad le dijo a uno de los cortesanos: «Levántale y que hable.» Su Majestad dijo: «He aquí que has vuelto después de haber recorrido los países extranjeros. La edad se ha apoderado de ti y has alcanzado la vejez; no es poco que tu cadáver sea enterrado y que no lo sepulten los bárbaros. No guardes silencio, habla; te he autorizado para hablar.»

Respondí como un hombre temeroso: «¿Qué me ha dicho mi señor? Quisiera poder respon-

derle, pero no puedo; pesa sobre mí la mano de Dios. Me posee un temor como el que me impulsó a la fuga fatal. Aquí me tienes a tus plantas. Tuya es mi vida; que Tu Majestad obre a su arbitrio.»

Se mandó desfilar a los hijos del rey, y Su Majestad le dijo a la reina: «Ahí está Sinué, que ha vuelto como un asiático, como un beduíno.» La reina dió un grito y los hijos del rey comenzaron a chillar con algarabía, diciéndole a Su Majestad: «No, no es cierto, oh rey mi señor.» Su Majestad dijo: «Es cierto.» Habían traído sus collares, sus crótalos y sistros y se los ofrecieron a Su Majestad: «Pon tus manos sobre algo hermoso, rey constante adorno de la Señora del cielo. Que la dorada Hathor ponga vida en tu nariz y la Señora de las estrellas te acompañe. La corona del Sur va corriendo río abajo y la corona del Norte río arriba, y ambas están unidas en la boca de Tu Majestad. Llevas la serpiente (diadema real) en tu frente. Has salvado del mal a tus súbditos. ¡Que Re te sea propicio, oh señor de los dos países! Loor a ti, como a la Señora del universo. Saca tu cuerno clavado en la víctima y saca tu flecha; dale aliento al que no lo tiene y haznos un bello don de fiesta con ese jeque, hijo de la diosa del Norte, bárbaro nacido en Egipto. Si ha emprendido la fuga y abandonado el país, fué por temor a ti. Pero la faz que ha contemplado el rostro de Tu

Majestad no palidece, y el ojo que te ha visto no teme ya.»

Su Majestad dijo: «Que no tema ni se aterrorice. Será un amigo entre los consejeros y lo colocaré entre los cortesanos. Llevadlo a las reales habitaciones y mostradle el sitio que ha de ocupar.»

Al salir de la cámara real me dieron la mano los hijos del rey y nos fuimos a las dos grandes puertas. Me instalaron en la casa de uno de los hijos del rey, llena de riquezas magníficas, con un baño, preciados tesoros, telas del guardarropa real, mirra y aceite fino del rey. En la casa había artesanos amados del príncipe y cada cual atendía a su trabajo. Me quitaron los años de mi cuerpo, me cortaron el pelo y me peinaron. Se abandonó al desierto una carga de suciedad y los vestidos del caminante. Me vestí con las finas telas y fuí perfumado con las mejores esencias. Dormí en un lecho y dejé la arena a los que en ella viven y el aceite de árbol a los que se frotan con él.

La casa que me asignaron fué la que correspondía a mi dignidad. Trabajaban en ella muchos artesanos y toda la madera era nueva. Tres o cuatro veces me traían la comida del palacio, sin contar con lo que pródigamente me daban sin cesar los hijos del rey. Me levantaron una pirámide de piedra en el círculo de las pirá-

mides funerarias. El arquitecto dirigía la construcción, el pintor la decoraba, modelaba el escultor y los mejores artesanos trabajaban en ella. Se me dió lo más escogido del mobiliario que se pone en las sepulturas. Me asignaron un sacerdote funerario, así como un jardín con su huerto, en la ciudad de los muertos, frente a la sepultura, como se hace con los más altos dignatarios. Mi estatua estaba cubierta de oro, y lo mismo su delantal. Su Majestad misma la encargó. A ningún hombre del común se le dispensaron tales favores, y así continué en la gracia del rey hasta el día de mi fallecimiento.

2

La historia del náufrago

UN servidor experto dijo: «Regocíjate, príncipe; hemos llegado a la tierra de Egipto. Se ha cogido el machote, se ha clavado el poste y la amarra está en tierra. Se cantan las alabanzas de Dios y se le dan gracias, y cada cual abraza a su camarada. Nuestra marinería ha llegado sin daño alguno y nuestros soldados no han experimentado pérdidas. Hemos llegado hasta el fin del país del Wawat, pasando por delante de Senmet, y henos aquí vueltos felizmente a nuestro país. Escúchame, príncipe, que yo no exagero. Lávate y vierte agua sobre tus dedos, y luego responde cuando te inviten a hablar. Háblale al rey según tu corazón y no vaciles al responder. La boca del hombre es la que le salva, y su palabra la que hace que se sea condescendiente con él. Pero de todos

modos, harás lo que quieras. Se cansa uno de aconsejarte.

Quiero contarte ahora una aventura análoga que me ocurrió a mí cuando fuí enviado a una mina del soberano y descendí al mar con un barco de ciento veinte varas de largo y cuarenta de ancho, en el que navegaban ciento veinte marineros de los mejores de Egipto. Miraban al cielo y a la tierra, y los presagios llenaban de valor su corazón. Anunciaban una tormenta antes de que hubiera llegado; preveían una marejada antes de producirse.

Al sobrevenir la tormenta nos hallábamos en el mar, sin que hubiéramos tomado aún tierra; sopló el viento y levantó una ola de más de ocho varas de alto. Yo pude asirme a una tabla. Se hundió el barco y no quedó con vida ninguno de los que lo tripulaban. Gracias a una ola del mar fuí arrojado a una isla, donde pasé tres días solo, sin otro compañero que mi corazón. Me acostaba en el hueco de un árbol y abrazaba las sombras. Por el día estiraba mis piernas en busca de algo que pudiera meter en la boca. Hallé higos y uvas y todo género de frutas magníficas. Había también peces y pájaros; no hay nada que allí no se encontrase. Me sacié y dejé abandonado lo que mis manos no podían transportar. Me fabriqué un encendedor, encendí fuego e hice un holocausto.

En esto oí una voz tonante que creí fuese una ola del mar. Los árboles estallaron y tembló la tierra. Descubrí mi faz y vi que lo que se acercaba era una serpiente de treinta varas de largo, con una cola de más de dos varas. Su cuerpo tenía incrustaciones de oro y sus cejas eran de lapislázuli, y se adelantaba encorvada.

Abrió la boca hacia mí, mientras yo yacía ante ella, postrado sobre mi vientre, y ella me dijo: «¿Quién te ha traído aquí? ¿Quién te ha traído aquí? ¿Quién te ha traído aquí? Vasallo: si no me dices en seguida quién te ha traído a esta isla, te haré ver que eres ceniza y te reduciré a ser invisible.» Yo respondí: «Me hablas, pero no te entiendo; estoy postrado ante ti sin conocimiento.»

Entonces me cogió en su boca, me llevó a su vivienda y me depositó sin tocarme; estaba sano y mis miembros no habían sufrido nada. Abrió la boca mientras yo yacía postrado. Me dijo: «¿Quién te ha traído aquí? ¿Quién te ha traído a esta isla del mar, cuyas dos riberas están rodeadas por el agua?» Le respondí, con los brazos caídos en señal de reverencia: «Yo había descendido a una mina por encargo del rey, con un barco de ciento veinte varas de largo por cuarenta de ancho, tripulado por ciento veinte marineros de los mejores de Egipto. Miraban al cielo y a la tierra, y los presagios llenaban de valor su corazón. Anunciaban una tormenta antes de

que hubiera llegado y preveían una marejada antes de producirse. Cada uno de ellos tenía el corazón y el brazo más templados que los de sus compañeros, y no era lerdo ninguno de ellos. Al sobrevenir la tormenta nos hallábamos en el mar, sin que hubiéramos tomado aún tierra; sopló el viento y levantó una ola de más de ocho varas de alto. Gracias a una ola del mar fuí arrojado a esta isla. Se hundió el barco y, salvo yo, no quedó con vida ninguno de los que lo tripulaban. Y ahora, aquí me tienes. Una ola del mar es quien me ha traído a esta isla.» Entonces ella me dijo: «No te asustes, no te asustes, vasallo; no se entristezca tu rostro por haber venido a mí. Dios te ha conservado la vida y te ha traído a esta isla del Ka, en la cual hay de todo y que está llena de todo lo bueno. Pasarás mes tras mes en ella, hasta que hayan transcurrido cuatro meses, y después vendrá de palacio un barco con marineros conocidos tuyos e irás con ellos al palacio y morirás en tu ciudad.

¡Cómo se alegra uno cuando, pasado el peligro, puede contar lo que ha gustado! Así, yo te contaré lo que me ocurrió en esta isla. Estaba en ella con mis hermanos e hijos, y éramos en conjunto setenta y cinco serpientes, mis hijos y mis hermanos, y no menciono a una niña de una mujer de clase vulgar que me fué traída. Cayó una estrella y salieron con el fuego los que en

ella estaban. Esto aconteció no estando yo con los quemados. Estuve a punto de morir a causa de ella cuando la encontré en un montón de cadáveres*.

Si eres fuerte, dominarás tu corazón como yo lo hice entonces, y luego abrazarás a tus hijos, besarás a tu mujer y volverás a ver tu casa, las mejores cosas del mundo. Irás a palacio y vivirás allí en el círculo de tus hermanos.»

Entonces yo me tendí sobre mi vientre y toqué el suelo ante ella. Le dije: «Le contaré al rey quién eres y le haré saber cuál es tu grandeza. Haré que te traigan ibi, hekenu, iudeneb y chesait (diversos perfumes), así como el incienso del templo con el que se consigue el favor de todos los dioses. Yo contaré lo que me ha ocurrido y lo que he visto. Serás adorada en la ciudad ante los dignatarios de todo el país. Mataré para tu sacrificio toros y gansos. Te enviaré barcos cargados con todas las riquezas de Egipto, tal como se hace a un dios amigo de los hombres que mora en un país lejano desconocido para ellos.»

Se rió de mí y de lo que había dicho por parecerle insensato, y me dijo: «No tienes mucha mirra; sólo posees incienso. Y yo soy el señor de Punt y me pertenecen las mirras y ese hekenu

* Este trozo es obscuro en el texto y ha sido diversamente interpretado.

que dices es la producción principal de esta isla. Por lo demás, sucederá que cuando abandones este lugar no volverás a ver esta isla, que se transformará en agua.»

Luego vino aquel barco que me había anunciado. Trepé a un árbol muy alto y reconocí a los que lo tripulaban. Fuí a anunciárselo a la serpiente, pero me hallé con que ya lo sabía. Me dijo: «Vuelve a casa con suerte, vasallo, y que vuelvas a ver a tus hijos. Que adquieras un buen nombre en tu ciudad; eso es lo que te deseo.» Me tendí sobre el vientre con las manos extendidas hacia ella, y ella me dió un cargamento de mirra, hekenu, iudeneb, chesait, tischepes, schaas, pintura para los ojos, colas de jirafa, una gran cantidad de incienso, colmillos de elefante, galgos, monos y todo género de preciosidades. Lo cargué todo en el navío, me tendí sobre el vientre para darle las gracias. Ella me dijo: «Dentro de dos meses llegarás a tu país, abrazarás a tus hijos. Te verás rejuvenecido y enterrado en tu país.»

Bajé a la orilla donde estaba el barco. Llamé a los soldados que se encontraban en el navío, y en la orilla entoné una oración de gracias al señor de la isla, y los que en el barco estaban hicieron lo mismo.

Navegamos con rumbo Norte hacia el palacio del rey, adonde llegamos a los dos meses, como había predicho la serpiente. Me presenté al sobe-

rano, le mostré los tesoros que había traído de la isla y él me dió las gracias en presencia de los dignatarios de todo el país. Me dió un cargo en palacio y algunos esclavos.

Mírame ahora, después de haber vuelto, tras de lo que he visto y las pruebas por que he pasado. Escúchame, porque a los hombres les hace bien escuchar.»

El príncipe me dijo: «No presumas de listo, amigo. ¿Quién le dará agua al pájaro que piensa matar aquella mañana misma?»

Terminado, del principio hasta el fin, como fué escrito. Lo escribió el escriba de ágiles dedos Amuni-Amanu.

3

El rey Keops y los magos

EL príncipe Kefren se levantó para hablar y dijo: «Le voy a contar a Tu Majestad un milagro acontecido en tiempos de tu padre el rey Nebka, cuando se dirigía al templo de Ptah de Menfis.

Cuando Su Majestad fué a Menfis visitó también al supremo chereb* Uba-oner. Uba-oner tenía una mujer que en una ocasión, en el templo, vió a un vasallo y nada más verle ya no supo el lugar del mundo en que se encontraba y le envió a una criada que tenía con ella para decirle: «Ven y pasaremos juntos una hora; ponte tus vestidos de fiesta.» Y le envió una caja llena de vestidos y él vino con la criada.

Cuando hubieron pasado unos días, como Uba-

* Sacerdote sabio o mago.

oner tenía un kiosco a la orilla del lago, el vasallo le dijo a la mujer: «Uba-oner tiene un kiosco a la orilla del lago; podríamos pasar allí un rato.» Entonces la mujer mandó recado al mayordomo encargado del lago, diciéndole: «Manda preparar el kiosco de la orilla del lago.» La mujer se encaminó allá y pasó el tiempo bebiendo con el vasallo hasta que se puso el sol. Y cuando se hubo puesto el sol, bajó al lago para bañarse y la criada le ayudó en el baño. Pero el mayordomo se apercibió de todo, y cuando amaneció y vino un segundo día, el mayordomo se fué a contarle a su señor lo que había pasado. Al oírle, Uba-oner dijo: «Tráeme mi cajita de ébano y oro.» Se la trajo, y Uba-oner hizo un cocodrilo de cera de siete pulgadas. Recitó sobre él una fórmula mágica y dijo: «Coge a todo el que venga a bañarse a mi lago.» Luego le dió el cocodrilo al mayordomo y le dijo: «Cuando el vasallo se meta en el agua para bañarse como todos los días, arroja al cocodrilo tras él.» El mayordomo se fué, llevando consigo el cocodrilo de cera.

La mujer de Uba-oner envió un recado al mayordomo del lago, diciéndole: «Manda preparar el kiosco del lago, que voy a pasar allí unos días.» El mayordomo proveyó el kiosco de todas las cosas buenas. El vasallo y la mujer de Uba-oner llegaron y pasaron un día muy alegre.

Al ponerse el sol, el vasallo fué a bañarse como

todos los días, y el mayordomo arrojó al agua detrás de él el cocodrilo de cera, que se cambió en un cocodrilo de siete varas, el cual cogió al vasallo y desapareció con él debajo del agua. Mientras tanto, Uba-oner pasó siete días con la Majestad del rey Nebka, y durante este tiempo se estuvo en el agua el vasallo sin respirar. Pero cuando hubieron pasado los siete días, el supremo chereb Uba-oner se presentó al rey Nebka y le dijo: «Dígnate venir a contemplar un milagro acaecido en tiempo de Tu Majestad.» El rey se fué con él, y Uba-oner llamó al cocodrilo y le dijo: «Trae aquí al vasallo.» Y el cocodrilo fué y le trajo. La Majestad del rey Nebka dijo: «¿No será peligroso ese cocodrilo?» Entonces Uba-oner descendió al agua, lo cogió y lo transformó en su mano en un cocodrilo de cera.

El supremo chereb Uba-oner contó a Su Majestad el rey Nebka lo que había pasado en su casa entre el vasallo y su mujer. Entonces Su Majestad le dijo al cocodrilo: «Llévate lo que es tuyo», y el cocodrilo se hundió en el fondo del lago y ya no volvió a saberse nada de él ni del vasallo.

La Majestad del rey Nebka mandó que llevasen a la mujer de Uba-oner al campo situado al norte del palacio, y allí fué quemada y sus cenizas fueron arrojadas al río. Este es un milagro que aconteció en tiempos de tu padre el rey Nebka y figura entre los hechos por el chereb Uba-oner.»

Dijo entonces la Majestad del rey Keops: «Que le ofrenden al rey Nebka mil panes, cien jarros de cerveza, un buey, dos medidas de incienso, y al supremo chereb Uba-oner una torta, un jarro de cerveza, un gran trozo de carne y una medida de incienso, pues he visto la prueba de su ciencia.» Las órdenes de Su Majestad fueron cumplidas.

Luego el príncipe Kefren se levantó para hablar y dijo: «Voy a contarle a Su Majestad un milagro acontecido en tiempos de tu padre Snefru y que figura entre los hechos por el supremo chereb Zaza-em-anch. Un día que el rey Snefru se aburría convocó a todos los funcionarios de la casa real para que le buscasen algo que le alegrase el corazón. Mas como no encontrasen nada, dijo: «Id a buscarme al supremo chereb Zaza-em-anch, el escriba del Libro.» Se lo trajeron al punto, y Su Majestad le dijo: «He reunido a los funcionarios de la casa real para que me busquen algo que me alegre el corazón, y no han encontrado nada.» Zaza-em-anch le dijo: «Dígnese Tu Majestad dirigirse al lago del palacio. Haz disponer unbarco con todas las bellas muchachas del harén, y viéndolas ir y venir se alegrará el corazón de Tu Majestad. Verás los bellos estuarios de tu lago, los campos que le rodean y sus hermosas riberas, y se alegrará tu corazón.» Su Majestad le dijo:

«Así lo haré; vuélvete a casa y yo emprenderé la excursión. Que me traigan veinte remos de ébano guarnecidos de oro con asideros de madera de sekeb incrustados de fino oro. Que me traigan veinte mujeres de bellos cuerpos, hermosos pechos y cabelleras y que no hayan dado a luz todavía, y que en vez de vestidos las envuelvan en una red a cada una.» Se hizo tal como Su Majestad lo ordenaba. Las mujeres se pusieron a remar, y el corazón de Su Majestad se puso alegre viendo cómo remaban.

En esto una de ellas se enredó en sus trenzas y dejó caer al agua una alhaja de malaquita. La muchacha calló y dejó de remar, y la banda en que remaba calló también (llevaban el compás cantando) y dejó de remar. Su Majestad dijo: «¿Es que no queréis remar?» Ellas contestaron: «Nuestra compañera se ha cansado y no rema.» Su Majestad le dijo: «¿Por qué no remas?» Ella respondió: «Se me ha caído al agua la alhaja de malaquita.» El rey mandó que le trajesen otra y le dijo: «Te la doy en sustitución.» Ella dijo: «Yo quiero la alhaja perdida y no otra.»

Entonces Su Majestad mandó llamar al supremo chereb Zaza-em-anch, que vino en seguida. Su Majestad dijo: «Zaza-em-anch, hermano mío; he hecho lo que dijiste y el corazón de Mi Majestad se alegraba viéndolas remar. Pero se le ha caído a una de ellas al agua la alhaja de

malaquita, ella ha callado y ha dejado de remar, y se ha parado toda su banda. Yo le he dicho: ¿Por qué no remas? Ella me dijo: «La alhaja de malaquita se ha caído al agua.» Yo le dije: «Rema, que yo te la sustituiré.» Pero ella me respondió: «Quiero mi alhaja y no otra.»

Entonces el chereb supremo Zaza-em-anch dijo unas palabras mágicas. Separó el agua en dos y encontró la alhaja encima de una piedra; la sacó y se la dió a su dueña. Pero el agua tenía en el centro doce codos de profundidad, y ahora que estaba replegada a uno y otro lado, alcanzó veinticuatro codos. Entonces él recitó otra fórmula mágica, y el lago volvió a su nivel anterior. Su Majestad pasó un buen día con toda la casa real y recompensó al supremo chereb Zaza-em-anch con toda suerte de cosas buenas.

Este es un milagro que aconteció en tiempos de tu padre el rey Snefru y figura entre los hechos por el supremo chereb Zaza-em-anch, escriba del Libro sagrado.»

Su Majestad el rey Keops dijo: «Que se le ofrezcan mil panes, cien jarros de cerveza, un buey y dos medidas de incienso a la Majestad del rey Snefru, y una torta, un jarro de cerveza y una medida de incienso al supremo chereb y escriba del Libro santo Zaza-em-anch, pues he visto el testimonio de su ciencia.» Se hizo como ordenó Su Majestad.

El príncipe Har-dedef se levantó para hablar y dijo: «Hasta aquí sólo has oído ejemplos de prodigios hechos por las gentes de otro tiempo, los cuales no se sabe si son verdad. Pero también hay magos en esta época.» Su Majestad dijo: «¿De quién hablas, Har-dedef?» Har-dedef dijo: «Hay un vasallo llamado Dedi, que vive en Ded-snefru. Tiene ciento diez años, y se come todavía quinientos panes y un muslo de buey y se bebe diez jarros de cerveza. Sabe volver a pegar una cabeza cortada y hacerse seguir de un león sin necesidad de llevarle atado. Y sabe también el número de cerraduras que hay en el templo de Thoth.» —La Majestad del rey Keops había buscado con mucho afán las cerraduras del templo de Thoth con el fin de hacerlas iguales para su pirámide.

Su Majestad dijo: «Vete a buscarlo tú mismo, Har-dedef, hijo mío.» Se dispusieron barcos para el príncipe Har-dedef, que se hizo a la vela río arriba, hacia Ded-snefru. Cuando los barcos hubieron abordado al muro de la orilla, continuó el viaje por tierra en una silla portátil de ébano, cuyos varales eran de madera de napeca, guarnecidos de oro.

Cuando hubieron llegado a casa de Dedi, pusieron la silla en el suelo. El príncipe se levantó para saludar al mago y lo halló tendido en una estera a la puerta de su casa, con un esclavo sos-

teniéndole y rascándole la cabeza y otro los pies.

El príncipe Har-dedef le dijo: «Tu naturaleza es la del que vive al abrigo de la vejez y de la edad. La vejez es la despedida, el embalsamamiento, el entierro. Tú, en cambio, duermes tranquilamente bien entrado el día, libre de enfermedad y sin el aspecto repugnante de la senilidad. ¡Yo te saludo, venerable anciano! He venido para llamarte con una embajada de mi padre Keops; comerás de lo mejor que da el rey y los manjares que van en su séquito para que llegues a la morada de tus padres en medio de una hermosa vida.» A esto contestó Dedi: «¡En paz, en paz, Har-dedef, hijo de rey, amado de tu padre! ¡Que tu padre Keops te recompense y te dé un alto rango entre los ancianos! ¡Que tu Ka venza a tus enemigos! ¡Que tu alma encuentre el camino que lleva a la puerta que guarda la entrada del otro mundo! ¡Yo te saludo, hijo del rey!»

El príncipe le tendió las manos y le ayudó a levantarse, y cogido de la mano le llevó al puerto. Dedi dijo: «Que me den un barco para transportar mis hijos y mis libros.» Y le dieron dos barcos con su tripulación. En cuanto a Dedi mismo, se quedó en el barco en que estaba el príncipe.

Al llegar a palacio entró el príncipe Har-dedef para anunciarle la nueva al rey Keops. El prínpe dijo: «Rey mi señor, traigo conmigo a Dedi.» Su Majestad dijo: «Ve y tráemelo.» Su Majestad

se encaminó a la sala de audiencias y le presentaron a Dedi. Su Majestad dijo: «¿Cómo es posible, Dedi, que yo no te haya visto nunca?» Dedi dijo: «El que es llamado viene; el rey me ha llamado, y yo he venido.» Su Majestad dijo: «¿Es verdad lo que dicen de que sabes volver a su sitio una cabeza cortada?» Dedi dijo: «Sí, puedo hacerlo, oh rey mi señor.» Su Majestad dijo: «Que me traigan un preso de los que están en la cárcel cumpliendo condena.» Dedi dijo: «No en un hombre, oh rey mi señor. ¿No sería mejor hacer la experiencia en un animal magnífico de los de tu propiedad?»

Le trajeron un ganso y le cortó la cabeza, y el ganso fué colocado en el lado occidental de la sala y la cabeza en el oriental. Dedi recitó una fórmula mágica; el ganso se incorporó a saltitos y su cabeza igualmente, y cuando se hubieron juntado, el ganso se puso a croar. Trajeron luego un pato y ocurrió lo mismo. Luego Su Majestad hizo traer un toro cuya cabeza fué abatida. Dedi recitó una fórmula mágica, y el toro se levantó mientras su cuerda caía al suelo.

El rey Keops dijo: «¿Y eso que dicen de que sabes el número de las cerraduras del templo de Thoth?» Dedi dijo: «Perdona, el número no lo sé, oh rey mi señor; pero sé dónde están.» Su Majestad dijo: «Dónde?» Dedi dijo: «Hay una caja de pedernal en una cámara que se llama «de revisión»

en Heliópolis. En esa caja están, oh rey mi señor. No seré yo quien te las traiga.» Su Majestad dijo: «¿Quién me las traerá entonces?» «El mayor de los tres niños que están en el cuerpo de Red-dedet te las traerá.» Su Majestad dijo: «Ahora deseo que me digas quién es esa Red-dedet.» Dedi dijo: «Es la mujer de un sacerdote de Re de Sachebu, que está embarazada con tres niños de Re de Sachebu. Le ha predicho que tendrán la dignidad de reyes en toda esta tierra y que el mayor de ellos será gran sacerdote en Heliópolis.» El corazón de Su Majestad se turbó; pero Dedi le dijo: «¿Por qué esa tristeza, oh rey mi señor? Si es por los tres niños, te digo: Tu hijo, su hijo, uno de ellos*.» Su Majestad dijo: «¿Y cuándo dará a luz esa Red-dedet?» Dedi dijo: «El día quince del primer mes del invierno.» El rey dijo: «Si las aguas del canal de los dos peces no inundan la comarca, iré yo mismo y veré con mis ojos el templo de Re de Sachebu.» Dedi dijo: «Entonces haré que las aguas del canal de los dos peces tengan cuatro codos de altura.»

Su Majestad se dirigió luego a su palacio y dijo: «Ordeno que se ponga a Dedi a cargo de la casa del príncipe Har-dedef, para que viva con él y se le asignen fijamente mil panes, cien jarros de cer-

* La profecía quiere decir: primero reinará aún tu hijo Kefren, luego su hijo Micerino, y sólo tras éste vendrá la nueva dinastía.

veza, un buey y cien manojos de ajos.» Se hizo lo que Su Majestad ordenaba.

Uno de estos días aconteció que Red-dedet sintió los dolores. Entonces la Majestad de Re de Sachebu dijo a Isis, Nephthis, Mesechent, Heket y Chnum: «Id y librad a Red-dedet de los tres hijos que tiene en su seno y que ejercerán en la tierra esa función bienhechora: os levantarán templos, proveerán de manjares vuestros altares y vuestras mesas de libaciones y os harán grandes sacrificios.» Las diosas se fueron, se cambiaron en musicantes y Chnum iba con ellas llevando su silla portátil.

Llegaron a la casa de Ra-woser, marido de Red-dedet, y le encontraron arreglando su delantal. Pasaron por delante con sus crótalos y sus sistros, y él les dijo: «Señoras mías, aquí hay una mujer que siente los dolores del parto.» Ellas dijeron: «Déjanos ver, que nosotras entendemos de eso.» El les dijo: «Venid.» Entraron en la habitación de Red-dedet y cerraron la habitación. Isis se puso delante de ella, Nephthis detrás y Heket apresuró el parto. Isis dijo: «Niño, no hagas fuerza en su cuerpo, pues tu nombre será User-Ref.» Entonces el niño salió en sus manos; tenía una vara de largo, vigorosa osamenta, miembros de oro y el tocado de su cabeza era de lapislázuli puro. Le lavaron, le cortaron el cordón umbilical y luego le pusieron en

una sábana, tendido sobre unos ladrillos. Mesechent se le acercó y dijo: «Eres un rey que reinará sobre toda esta tierra.» Chnum le concedió salud a su cuerpo.

Entonces Isis se colocó otra vez delante de la parturienta, Nephthis detrás y Heket apresuró el parto. Isis dijo: «Niño, no te muevas más en su cuerpo, pues tu nombre será Sah-re.» Entonces el niño salió en sus manos; tenía una vara de largo, vigorosa osamenta, miembros de oro y el tocado de su cabeza era de lapislázuli puro. Le lavaron, le cortaron el cordón umbilical y luego le pusieron en una sábana, tendido sobre unos ladrillos. Mesechent se le acercó y dijo: «Eres un rey que reinará sobre toda esta tierra.» Chnum le concedió salud a su cuerpo.

Entonces Isis se colocó por tercera vez delante de la parturienta, Nephthis detrás y Heket apresuró el parto. Isis dijo: «Niño, no sigas más tiempo en la obscuridad de su cuerpo, pues tu nombre será Keku.» Entonces el niño salió en sus manos; tenía una vara de largo, vigorosa osamenta, miembros de oro y el tocado de su cabeza era de lapislázuli puro. Le lavaron, le cortaron el cordón umbilical y luego le pusieron en una sábana, tendido sobre unos ladrillos. Mesechent se le acercó y dijo: «Eres un rey que reinará sobre toda esta tierra.» Chnum le concedió salud a su cuerpo.



Cuando las diosas salieron después de haber libertado a Red-dedet de sus tres hijos, dijeron: «Alégrate, Ra-woser; te han nacido tres hijos.»

El les dijo: «Señoras, ¿qué haría por vosotras? Dad este grano a vuestro criado y lleváoslo como recompensa de vuestros servicios.» Y Chnum cargó con el grano.

Cuando estuvieron de vuelta en el sitio de donde habían salido, Isis les dijo a las otras diosas: «¿En qué hemos pensado, que hemos ido allá sin hacer ningún milagro por el cual podamos anunciar el acontecimiento a su padre, que nos ha enviado?» Entonces fabricaron tres diademas y las metieron en el grano, precipitaron del cielo tormenta y lluvia y volvieron a la casa diciendo: «Poned esos granos en una estancia cerrada hasta que regresemos.» Y guardaron los granos en una estancia cerrada.

Red-dedet se purificó por espacio de catorce días, y luego le dijo a su sirvienta: «¿Está dispuesta la casa?» Ella respondió: «Hay de todas las buenas cosas, menos vasijas para cerveza.» Red-dedet dijo: «¿Por qué no se han traído?» La sirvienta respondió: «Todo pudiera arreglarse si no fuera por la cebada de las musicantes, que está en la estancia cerrada.» Red-dedet dijo: «Baja y trae algo de ella; Ra-woser les dará algo en cambio cuando vuelvan.»

La sirvienta abrió la estancia y comenzó a oír

canto, música, baile, gritos jubilosos y todo aquello con que se festeja a un rey. La sirvienta fué y le contó a Red-dedet lo que había oído. Red-dedet recorrió la habitación, pero sin dar con el sitio de donde salían aquellos sonidos, hasta que aplicó la sien a la caja en que estaba la cebada y halló que salía de allí. Entonces la metió en un cajón, selló éste, lo envolvió con cuero y lo puso en una habitación donde guardaba sus vasijas, sellándola asimismo. Cuando volvió del campo Ra-woser, Red-dedet le refirió lo sucedido. El se alegró mucho y los dos se sentaron, pasando un día dichoso.

Pasados muchos días, Red-dedet riñó a la sirvienta y la mandó azotar. La sirvienta les dijo a las gentes de la casa: «¿Está bien que haga eso, habiendo dado a luz tres reyes? Iré y se lo diré a la Majestad del rey Keops.» Fué y encontró a su hermano mayor de madre, que estaba atando un manojo de lino. Él le dijo: «¿Adónde vas, pequeña?» Ella le contó la cosa. Su hermano le dijo: «¿Has venido a mí para que tome parte en la denuncia?» Y cogiendo un manojo de lino, le aplicó una fuerte corrección. La sirvienta se fué a coger un poco de agua y un cocodrilo se la llevó.

Su hermano fué a contarle esto a Red-dedet y la halló sentada, con la cabeza entre las rodillas y muy triste. Él le dijo: «Señora, ¿por qué estás tan afligida?» Ella dijo: «La pequeña que se ha criado

en casa tiene la culpa, pues se ha marchado diciendo: voy a denunciarla.» Él se prosternó con la faz en tierra y dijo: «Señora, cuando vino a mí a contármelo, yo le di un mal golpe. Entonces se fué a coger un poco de agua y un cocodrilo se la llevó.» *(Aquí se interrumpe el manuscrito.)*

4

La fundación del templo

EL año III, un día del tercer mes de la inundación, bajo la Majestad del rey de Egipto Alto y Bajo, Cheper-ka-re, hijo del rey Sesostris, que vive siempre y por toda la eternidad.

El rey apareció con la doble corona, y aconteció que se sentó en la sala y pidió consejo a su séquito, a los gentileshombres de palacio y a los consejeros en la soledad (en el interior del palacio). Ordenó que le escuchasen, les pidió consejo y solicitó que manifestaran su opinión: «Mi Majestad ha determinado ponerse a la obra y piensa en algo destinado a la posteridad; quiero elevar un monumento y colocar una lápida en memoria de Harachti. Él me ha criado para hacer lo que le debe ser hecho, para ejecutar lo que ha mandado. Me ha hecho pastor de esta

tierra, porque sabía que mantendría en ella el orden. Me ha hecho donación de lo que él guarda y de lo que ilumina el ojo que hay en él (el Sol). Todo se hará según su deseo.

Yo soy rey y él es quien me ha hecho señor. He hecho conquistas cuando aún era un niño y he sido grande cuando aún estaba en el huevo. Me ha hecho señor de las dos comarcas del país siendo niño, antes de que me quitaran los pañales. Me ha nombrado señor del pueblo, me ha creado rey de los hombres y me ha perfeccionado como habitante del palacio siendo aún nonato, antes de salir de las entrañas de mi madre. Me ha dado el país en toda su longitud y anchura, y me educó para ser uno de aquellos «que llegan y vencen». Me ha dado el país, y yo soy su señor. Mi poder ha alcanzado la altura de los cielos.

Es laudable hacer algo por quien me ha hecho a mí y satisfacer al Dios con lo que él me ha dado. Yo soy su hijo y su protegido; me ha mandado conquistar lo que él ha conquistado. Yo soy el guardián del templo, Horus. Yo determino los manjares de los sacrificios que se hacen al Dios y hago en la gran galería una obra para mi padre Atum. Yo le recompenso con mi trabajo en el templo por lo que él me ha dejado conquistar. Yo alimento su altar en la tierra. Yo levanto mi casa (un nuevo templo) en su vecindad. De ese modo se recordará mi belleza en su casa; mi nom-

bre será la piedra y mi monumento el mar. La eternidad recompensa al que trabaja por Dios, y no muere ningún rey por haber disfrutado la protección de Dios. El nombre que en él se apoya es nombrado y no se sumerge en la eternidad. Lo que me propongo será y lo que busco es lo más excelente.»

Entonces hablaron los gentileshombres y respondieron a su dios (al rey): «Anida en tu boca la enseñanza y la sabiduría está detrás de ti. ¡Oh rey, tus pensamientos se realizan! ¡Oh rey, que has aparecido para unir ambos Egiptos, para honrar a Dios en tu templo! Conforta el ánimo mirar al día de mañana. Los hombres, reunidos, nada ejecutarían sin ti, pues Tu Majestad es el ojo de todos los hombres. Tú eres grande al levantar tu monumento en Heliópolis, la morada de los dioses, ante tu padre el rey del gran pórtico, Atum, el toro sagrado de los nueve dioses. Levanta tu casa y hazle donaciones para la piedra del sacrificio, para que sirva a la imagen, a su favorito, en toda la eternidad.»

El propio rey dijo al guardasellos y primer gentilhombre, al jefe de las dos casas, la de plata y la de oro, al consejero de ambas diademas de serpientes: «Tu consejo será el que determine que se realice la obra que Mi Majestad desea. Tú serás el director de ella y la ejecutarás según la he pensado, vigilando para que no entre

el cansancio y se haga el trabajo necesario. Se darán las órdenes a los trabajadores según lo que tú determines.»

El rey apareció con la diadema y las dos plumas y le acompañó todo el pueblo. El chereb supremo y escriba del Libro sagrado tendió la cuerda y ejecutó las ceremonias de la primera piedra.

Luego Su Majestad ordenó a los escribas reales que se presentasen ante todas las gentes que se habían reunido del Alto y del Bajo Egipto.

5

La lucha del cansado de la vida con su alma

(Esta composición descansa en la idea de que el alma es un ser independiente de la persona humana. El alma puede abandonar al hombre muerto, o también permanecer unida a él. La primera parte de esta narración se ha perdido. En ella, sin duda, se refería cómo un pobre hombre, mísero y abandonado, decidió matarse, echándose al fuego. Su alma misma le impulsó a tomar esa fatal determinación. Pero se negó a permanecer unida a él, temiendo pasarlo mal en compañía de un hombre tan pobre y desvalido, que no iba a tener ni tumba que la protegiese del frío y del calor, ni devotos descendientes que le proveyesen de alimento y bebida. El desgraciado intenta convencer a su alma de que no le abandone. En la parte conservada del libro disputan el infeliz y su alma ante unos jueces imparciales.)

EN esto abrí la boca y hablé para responder a lo que mi alma había dicho: «Es hoy un grave acontecimiento para mí el que mi alma no quiera hablar conmigo. Mi alma se va cuando debiera

estar a mi lado... En el día de la desgracia huye...

Mi alma se indigna contra mí porque no la he escuchado y porque me arrastro hacia la muerte antes de llegar el tiempo y me arrojo al fuego. Yo deseo que esté a mi lado en el día de la desgracia y que a falta de otra persona se halle en el lugar del duelo. Alma mía, es insensato querer contener al que está triste por la vida. Acompáñame a la muerte y hazme agradable el Occidente (se designa así al reino de los muertos). ¿Es algo tan malo? Desecha tus propósitos de abandonarme. Pero el desgraciado subsistirá; Thoth, el que satisface a los dioses, me enjuiciará; Chons, el escriba del derecho, me defenderá; Re, el que guía la nave del Sol, escuchará mi discurso; Isdes me defenderá. Mis amarguras pesan sobre mí y me arrastran. Los dioses apartarán el secreto de mi cuerpo.»

He aquí lo que me respondió mi alma: «No eres un hombre eminente y, sin embargo, solicitas la bondad de los dioses, como si fueses rico en tesoros.»

Yo dije: «No me iré, mientras mi alma se encuentre sobre la tierra. Te llevaré conmigo. Tu suerte es morir mientras tu nombre continúa viviendo, y el reino de los muertos es el lugar del descanso. Si mi alma me escucha y su corazón coincide conmigo, será feliz. La llevaré al Occi-

dente, lo mismo que el alma de uno que es enterrado en pirámide y a cuyo entierro asiste algún pariente. *(Son incomprensibles las líneas siguientes, donde acaso el pobre explica cómo se las va a arreglar para conseguir satisfacer los deseos de su alma.)* Podrás despreciar a otras almas por frías, porque tú no pasarás frío. Podrás despreciar a las almas que tienen calor, pues beberás agua en la fuente, y también despreciarás a las almas que tienen hambre. De este modo tendrás que acompañarme en la muerte; de lo contrario, no habrá para ti manera de que reposes en Occidente. ¡Sé buena, alma mía, hermana mía! Sé tú mi heredera, hazme los sacrificios y está al pie de la sepultura el día del entierro, para prepararme el lecho del destino.»

Entonces mi alma abrió su boca para responder a lo que yo le había dicho: «Pensar en el entierro es pensar en la aflicción, es provocar las lágrimas, es sacar de su casa al hombre para arrojarlo en la colina funeraria. De allí no se sale nunca, ni se vuelve a ver el sol. Algunos edifican sobre granito y se hacen una cripta en la pirámide y labran hermosos trabajos. Pero una vez que los señores, los reyes, se han convertido en dioses por virtud de su muerte, quedan sus lápidas vacías y su suerte es como la del hombre desvalido que muere en la orilla, sin heredero que le atienda; el río lo abandona y los peces y el sol

destrozan su cadáver. Escúchame, que al hombre le conviene escuchar. Sigue el día gozoso; olvida tus penas. *(A continuación refiere dos historias, sin duda para incitarle a no renunciar a la vida.)*

Un pobre hombre trabaja su tierra y carga su cosecha en un barco, para transportarla cuando llegue la fiesta... Despierta al crepúsculo, en el barco; sale con su mujer y sus hijos, y todos perecen en el lago, de noche, entre los cocodrilos. Luego, cuando recobra voz, dice: «No lloro por la mujer, que ya no puede salir de Occidente y transformarse en otra sobre la tierra. Lloro por los niños destrozados en flor, por los niños que ven la cara del cocodrilo antes de vivir...» *(La segunda historia es aún más ininteligible que esta primera.)*

Entonces abrí la boca para responder a mi alma, y dije:

(Primera poesía.)

Mira; mi nombre es maldito.
Mira; más que el hedor del estiércol
en los días de verano, cuando el cielo abrasa.
Mira; mi nombre es maldito.
Mira; más que el pescado cuando se pesca
en los días de cielo abrasador.

Mira; mi nombre es maldito.
Mira; más que el olor de los pájaros,
más que la colina de los gansos.
Mira; mi nombre es maldito.
Mira; más que el olor de los pescadores,
más que las orillas de las marismas
[cuando hay pesca.
Mira; mi nombre es maldito.
Mira; más que el olor de los cocodrilos,
más que sentarse donde está el cocodrilo.
Mira; mi nombre es maldito.
Mira; más que el de una mujer
de quien se cuentan mentiras al marido.
Mira; mi nombre es maldito.
Mira; más que el de un niño fuerte
contra el que se dice...
Mira; mi nombre es maldito.
Mira, más que el de una... ciudad...,
más que el de un revoltoso que huye.

(Segunda poesía.)

¿A quién hablaré hoy?
Los hermanos son malos.
No es posible querer a los amigos de hoy.
¿A quién hablaré hoy?
Reina la avaricia.
Todos se apropian los bienes ajenos.

¿A quién hablaré hoy?
Ha muerto la dulzura.
La arrogancia anida en todos los hombres.
¿A quién hablaré hoy?
Los que muestran satisfacción en su rostro
[son malos.
Se olvida la bondad en todas partes.
¿A quién hablaré hoy?
Cuando un hombre se indigna por alguna
[maldad,
tórnase objeto de irrisión para las gentes.
¿A quién hablaré hoy?
Se roba hoy.
Todos se apropian los bienes ajenos.
¿A quién hablaré hoy?
El desgraciado se consuela con el
[desgraciado,
porque el hermano se ha convertido
[en enemigo.
¿A quién hablaré hoy?
Nadie ya se acuerda de ayer.
No se hace nada por quien hizo antaño
[el bien.
¿A quién hablaré hoy?
Los hermanos son malos.
Los buenos son tratados como enemigos.
¿A quién hablaré hoy?
Los rostros son invisibles.
Todos bajan la vista ante el hermano.

¿A quién hablaré hoy?
Los corazones rebosan de codicia.
El hombre en quien se busca apoyo no [tiene corazón.
¿A quién hablaré hoy?
No hay justos.
La tierra está llena de maldades.
¿A quién hablaré hoy?
No hay en quién confiar.
Y los amigos nos tratan como a desconocidos.
¿A quién hablaré hoy?
Nadie está contento.
El que iba a su lado, ya no está allí.
¿A quién hablaré hoy?
Camino por el mundo cargado de miseria.
Y no tengo un amigo.
¿A quién hablaré hoy?
El pecado, la plaga del país,
no tiene fin.

(Tercera poesía.)

Hoy está ante mí la muerte,
como un enfermo que ha sanado,
como un enfermo que sale de la enfermedad.
Hoy está ante mí la muerte,
como perfume de mirra,
como remero que descansa poniendo el barco [a la vela.

Hoy está ante mí la muerte,
como perfume de flor de loto,
como el que descansa en la orilla fresca.
Hoy está ante mí la muerte,
como un sendero pisado,
como el regreso a casa después
[de la guerra.
Hoy está ante mí la muerte,
como un cielo despejado,
como uno a quien... lo que no sabe.
Hoy está ante mí la muerte,
como el que desea volver a ver su casa
tras largos años de prisión.

(Cuarta poesía.)

Quien está allí*, será uno
que... como Dios vivo;
y castigará los pecados y al pecador.
Quien está allí, será uno
que navegue en la nave del Sol
y allí ofrendará al templo lo mejor
[que posea.
Quien está allí, será un
sabio y nadie le impedirá la entrada;
él suplica a Re con sus palabras.

* Eufemismo que designa a los muertos.

Mi alma me dijo: «Deja las lamentaciones, hermano mío. Yo permaneceré contigo mientras estés aquí. Cuando hayas alcanzado el reino de los muertos y tu cuerpo se adhiera a la tierra; cuando descanses en la tierra, reposaré yo también y tendremos una misma tumba.»

6

Las quejas del felah

UNA vez era un hombre que se llamaba Chu-en-anup, que era un felah, un campesino del llano de la sal y tenía una mujer llamada Meret.

El campesino le dijo a esta su mujer: «Bajaré a Egipto en busca de alimento para mis hijos. Ve, pues, y mídeme el grano que nos queda en el granero.» Ella lo midió, y eran ocho medidas.

El campesino le dijo a su mujer: «Aquí tienes dos medidas para alimentación tuya y de tus hijos. Con las seis restantes hazme pan y cerveza para cada día de viaje.» El campesino emprendió el camino hacia Egipto, después de haber cargado su asno con cañas, juncos, sosa, sal, madera de Uiti, bastones del país de los bueyes, pieles de pantera y lobo y todo género de productos del llano de la sal.

El campesino tomó al Sur el camino de Herakleópolis, y cuando hubo llegado cerca de Per-fefi, que está al norte de Medenit, se encontró a un hombre a la orilla del río; se llamaba Dehuti-necht, era hijo de un hombre llamado Iseri y siervo del intendente Rensi, hijo de Meru.

Cuando Dehuti-necht vió los asnos del campesino, le agradaron, y dijo: «Desearía tener un buen ídolo que me ayudase a robar las cosas de este campesino.»

La casa de Dehuti-necht daba a un camino que era estrecho y no ancho; no tenía más que la anchura de una pieza de tela, con agua a un lado y sembrados de cebada al otro.

Dehuti-necht dijo a su criado: «Tráeme una sábana de la casa.» La trajo el criado al punto y el amo extendió la sábana en el camino de manera que un extremo tocaba el agua y el otro al sembrado.

Cuando el campesino llegó al camino público, Dehuti-necht dijo: «Ten cuidado, campesino, y no pises mi sábana.» El campesino dijo: «Haré según tu deseo y tomaré el buen camino.» Y se fué hacia arriba. Dehuti-necht dijo: «¿Te va a servir de camino mi cebada?» El campesino dijo: «Yo voy bien, la orilla es alta, sobre el camino está la cebada y tú me cierras la senda con tu ropa. ¿Es que no quieres que pase?» Mientras así hablaba, uno de sus asnos se llenó la boca de plantas de

cebada. Dehuti-necht dijo: «Ahora te quitaré el asno, campesino, pues está comiendo mi cebada. Le utilizaré para trabajarla y trillarla.»

El campesino dijo: «He ido por el buen camino. Como uno de los lados estaba cerrado, he llevado a mi asno por el otro, y ahora me lo quitas porque ha cogido con la boca unas plantas de cebada. Pero yo sé quién es el señor de este pueblo; es el intendente Rensi, hijo de Meru. Es el que impide que haya ladrones en este país. ¿Iba a permitir que me robasen en su pueblo?» Dehuti-necht dijo: «El proverbio dice: El nombre de los pobres no se cita más que a causa de su señor. Yo hablo contigo, y tú piensas en el intendente.» Cortó una rama verde de tamarindo, le azotó con ella todos los miembros y luego le quitó los asnos, haciéndolos entrar en su casa.

El campesino se puso a llorar a gritos de dolor por lo que le habían hecho, y Dehuti-necht dijo: «No grites tanto, campesino, pues caminas a la ciudad del señor del silencio.» El campesino dijo: «Me pegas, me robas lo mío y quieres además quitar de mi boca la queja. ¡Oh señor del silencio, devuélveme lo mío y no gritaré!» El campesino pasó diez días quejándose a Dehuti-necht, sin que éste le hiciese caso.

Entonces el campesino se fué a Herakleópolis para quejarse al intendente Rensi, hijo de Meru,

y le halló a la puerta de su casa cuando salía para embarcarse en la barca oficial. El campesino dijo: «Permíteme que te comunique mi asunto. Envíame a tu servidor de confianza para que te informe por medio de él.» El intendente Rensi, hijo de Meru, envió a su servidor, y el campesino le explicó el asunto.

El intendente Rensi, hijo de Meru, llevó el asunto a conocimiento de los adjuntos, y éstos le dijeron: «Es seguramente un campesino de Dehuti-necht que en vez de acudir a él ha ido a otro; así hacen estos campesinos que van a otro en vez de ir a su amo. ¿Es cosa de castigar a Dehuti-necht por un poco de sosa y un poco de sal? Se le manda devolverlo, y lo devolverá.» El intendente Rensi, hijo de Meru, calló; no respondió a los adjuntos ni tampoco al campesino.

El campesino llegó a quejarse al intendente Rensi, hijo de Meru, y dijo: «¡Intendente, señor mío! Grande de los grandes, guía de los que son y de los que no son. Cuando bajes al lago de la verdad, que el viento te sea propicio y no arranque la escota de tu vela; que tu barco no vaya a la deriva, no le ocurra ningún accidente a tu mástil. Que la corriente no te lleve, que no te alcance la perversidad de las ondas, que entre tus compañeros no veas ninguna cara temerosa. Que se te acerquen los peces tímidos y des caza a los pájaros gruesos. Pues eres el padre del huérfano, el espo-

so de la viuda, el hermano de la divorciada, el vestido del hijo sin madre.

¡Ojalá pueda proclamar tu nombre por el país de manera que valga más que la más bella ley! ¡Guía en que no hay engaño, grande en quien no cabe maldad, que has aniquilado la injusticia y creado el derecho! Aparta el mal. Yo hablaré, escucha tú. Haz justicia, loable, a quien los más loados ensalzan. Destruye la injusticia que me han hecho. Ve cuán cargado estoy de aflicción; ve cuán débil soy. Júzgame, pues tengo gran necesidad.»

Este discurso lo dijo el campesino en tiempos del difunto rey Neb-kaure.

El intendente Rensi, hijo de Meru, se presentó ante Su Majestad y dijo: «Señor, he encontrado a un campesino que en verdad habla bellamente; ha sido robado por uno de mis súbditos y ha venido a quejarse a mí.»

Su Majestad dijo: «Si quieres verme contento, detenle algún tiempo y no respondas nada a cuanto diga, para que siga hablando. Cuanto diga, haz que lo escriban para que podamos oírlo. Entre tanto vela por el sustento de su mujer y de sus hijos. Envía a uno de tus campesinos para que aparte de su casa la necesidad y atiende también a su sustento dándole comida, sin que sepa que eres tú quien se la da.»

Dábanle diariamente cuatro panes y dos jarros de cerveza. El intendente Rensi se lo sumi-

nistraba a un amigo y éste al campesino. Luego el intendente Rensi envió razón al alcalde del llano de la sal para que le diese a la mujer del campesino alimento en la proporción de tres medidas diarias.

El campesino llegó a quejarse por segunda vez y dijo: «¡Intendente, señor mío! Tú, el mayor de los grandes, el más rico de los ricos, timón del cielo, puntal de la tierra, cuerda que sostiene el peso. ¡Que no se caiga el timón, que no se hunda el puntal, que la cuerda no se escape!

El gran señor coge aquello que no pertenece a nadie y despoja al que está solo. Y, sin embargo, tú tienes en tu casa cuanto necesitas, el jarro de cerveza y los tres panes. ¿Qué gastas para saciar a tus pobres? ¿Es que quieres vivir eternamente? No hay nada peor que una balanza desequilibrada, una lengua que yerra, un hombre justo que vacila. Mal le va a la justicia contigo, porque tú la has apartado de ti. Tus consejeros cometen injusticias. El bien concertado discurso es parcial. Roban los encargados del interrogatorio. El que debe dar aire, nos quita la respiración; el que tiene que distribuir, roba; el encargado de combatir los pecados, obra mal.»

El intendente Rensi dijo: «¿Tantas ganas tienes de que mi servidor sea preso?»

El campesino dijo: «El encargado de medir el grano se guarda una parte. El encargado de hacer

cumplir la leyes ordena robar. ¿Quién va a combatir la injusticia, si vacila el que debe aniquilar el mal? El bien que hagas a otro, te lo harán a ti. Esto es darle las gracias por lo que hace. Si vuelves a poner al hombre opulento en el sitio que ocupaba, es para que continúe obrando como al principio de su cargo.

¡Oh, si llegara el momento en que la catástrofe cayese sobre tus viñedos, y fueran diezmadas tus aves de corral, y aniquilados tus pájaros acuáticos! El que puede ver, anda como un ciego; como un sordo, el que puede oír, y extraviado el encargado de guiar.

Eres fuerte y poderoso; eres violento y codicioso. Se aleja de ti la compasión. ¡Cómo se lamenta el pobre a quien has aniquilado! Pareces un mensajero del cocodrilo; eres el compañero de la peste. Lo que tú no eres, no lo es ella; lo que tú no haces, no lo hace ella. Es imperdonable que el rico, aquel que de nada carece, despoje al que nada posee; y tú puedes saciarte de tu pan y beber de tu cerveza, pues eres rico en todas las cosas.

Cuando el rostro del timonel mira hacia adelante, el barco marcha por donde quiere. Cuando el rey está sentado en su palacio y el timón se halla en tu mano, reina el abuso alrededor de ti, surgen las quejas y la ruina es vasta. Sirve de refugio a los necesitados. Que sea firme tu dique. Que sea justa tu lengua. No te extravíes. No

mientas. Vigila a tus consejeros, a los encargados de los interrogatorios, que se alimentan de mentiras, las cuales son peso liviano para su corazón.

Tú, que sabes de todos los hombres, ¿no has de saber de mi necesidad? Tú, que sabes encauzar el agua, heme aquí extraviado. Tú, que sacas a tierra al que está a punto de ahogarse y salvas a los náufragos, sálvame a mí.»

El campesino llegó por tercera vez, y dijo: «¡Intendente, señor mío! Tú eres Re, el señor del cielo con tu corte. Tú atiendes a las necesidades de todos, pues eres como la corriente del Nilo, merced al cual verdean los campos y se pueblan los lugares desiertos. ¡Reprime a los ladrones! ¡Ampara al miserable! No seas inundación que arrastra al que acude a ti suplicante; ten cuidado, que la eternidad se aproxima. Sé de aquellos de quienes se dice: «Obrar con justicia es aliento para la nariz.» Castiga a quien debes castigar.

Que nadie te iguale en la justicia. ¿Es que la balanza está desnivelada? ¿Es que la báscula pesa mal? ¿No es indulgente Thoth, dios de la sabiduría y la justicia? Hazte compañero de estos tres, y si los tres son indulgentes, sélo tú también. No respondas al bien con el mal; no pongas al uno en el lugar del otro.

La palabra prospera más que las hierbas vivaces. No riegues mi discurso con el mal, pues si lo haces crecerá aún más. Cuando navegues,

cuida de manejar acertadamente la vela, y fíjate en el timón cuando estés frente a tierra.

Sé justo, teniendo en cuenta que la justicia para el país es hacer el bien. No mientas, pues eres la grandeza. No seas ligero, pues eres la gravedad. No mientas, pues eres la balanza.

Tú te identificas con la balanza hasta el punto de que si ella se desnivela, tú también. No vaciles, pues eres quien lleva el timón. No robes, pues tienes que perseguir al ladrón, y el grande codicioso no es grande. Tu lengua es el fiel de la balanza, y tu corazón es el peso que tus labios hacen bascular. Si velas tu faz frente al perverso, ¿quién impedirá la injusticia?

Tú eres como el lavandero codicioso que perjudica al amigo. Eres el barquero que sólo pasa al que tiene dinero para pagarle. Eres el justiciero en quien está aniquilada toda justicia. Tú eres el jefe del granero que no socorre al que acude con las manos vacías. Eres un ave de rapiña que vive de los pajaritos más desgraciados. Eres un cocinero que se regocija en la matanza de todo género de animales. Eres un pastor que no cuida del rebaño. Eres el que pudiendo oír no oye. ¿Por qué no escuchas? Que sea encontrada la verdad escondida y que la mentira sea abatida a tierra. No cuentes con la mañana antes de que venga. Nadie sabe los males que puede traer.»

Después que el campesino hubo recitado este

discurso al intendente Rensi, hijo de Meru, en la explanada que está delante de la puerta, Rensi mandó venir a dos criados con vergajos, los cuales le flagelaron en todos sus miembros.

El campesino dijo: «El hijo de Meru se extravía, ciego contra lo que ve y sordo contra lo que oye y olvidadizo de lo que se le recuerda. Eres como una ciudad sin regidor, como una corporación sin directores, como un barco sin comandante y como una banda sin capitán. Eres un policía que roba, un regidor que acepta regalos, un jefe de distrito que, encargado de reprimir el bandidaje, se pone a su cabeza.»

El campesino vino a quejarse por cuarta vez y encontró al intendente Rensi a la salida del templo de Harsaphes, y dijo: «¡Oh bendito! Harsaphes, de cuyo templo sales, te bendiga. Perece el bien y nadie puede jactarse de haber derribado la mentira. Y, en efecto, cuando llega el estiaje, ¿no puedes pasar en sandalias el río que en otro tiempo tienes que atravesar con una barca? ¿Quién puede dormir aún en pleno día? Se ha acabado el andar seguro por la noche y hasta el caminar de día y el poder disfrutar de una fortuna bien adquirida. No se cansa uno de decirte: ¡la indulgencia se aleja de ti! ¡Cómo se lamenta el miserable arruinado!

Eres como el cazador gozoso que caza siguiendo los impulsos de su corazón mudable, que lan-

za su arpón contra los hipopótamos, dispara su flecha contra los toros salvajes, arroja el bidente y coge con red a los pájaros. El que tiene en la boca la lengua ligera y en el pecho el corazón mudable no puede formar planes concertados. Cuando te traigan algo que puedan ver tus ojos y pueda regocijar tu corazón, no seas altanero, no fíes en tu poder, no sea que un día te alcance la desdicha. Así como el que quiere comer prueba la comida, el que saluda quiere contestación, lo mismo que el que está dormido sueña. No seas insensato, que han llamado a tu puerta. No seas ignorante, que te saludan para que resuelvas. Vienen a ti, que has agotado la corriente de agua.

No seas el timonel que deja embarrancar su barco. No dejes morir a aquel cuya vida debes conservar. Tú, que tienes el poder de aniquilar, no permitas mi ruina. No seas sombra que oscurece el sol. Tú, que eres lugar de asilo, no permitas al cocodrilo penetrar en él. Es ya la cuarta vez que te suplico. ¿He de emplear aún más tiempo?»

El campesino vino a quejarse por quinta vez, y dijo: «Intendente Rensi, los pescadores con todos sus instrumentos, cuchillos, bidentes, anzuelos, despueblan el río. No seas tú como ellos. No despojes al pobre de sus bienes, pues conoces las penas del débil. Sus bienes son el aliento del miserable, y quien le priva de ellos le ahoga. Estás encargado de los interrogatorios para juzgar entre

dos equitativamente y para castigar al ladrón, pero en vez de eso amparas al malhechor y eres cómplice del ladrón.

Te han favorecido con la confianza, y te has convertido en un criminal. Te han puesto como dique para evitar que el mísero se ahogue, y eres como el lago que se vacía aceleradamente arrastrando el dique.»

El campesino vino por sexta vez a quejarse, y dijo: «Intendente, señor mío, haz que se produzca la verdad, haz que nazca el bien y aniquila el mal, como la saciedad acaba con el hambre y el vestido con la desnudez, como el cielo se serena tras la tormenta, calentando a quienes tienen frío, como el fuego cuece lo que está crudo y como el agua extingue la sed. Mira en derredor de ti. El encargado de repartir equitativamente es un ladrón; el encargado de consolar es causa de aflicción. El engaño es el enemigo de la justicia. Hay que llenar justamente, sin que falte y sin que rebose. Si tienes rentas legítimas, dáselas a tu hermano: el egoísmo es malo, porque el rencor es fuente de discordia. No desesperes al que suplica, pues el que cuenta en voz baja sus penas engendra rencores sin que se sepa lo que tiene su corazón.

Eres instruído y diestro, pero no para ejercer violencia. Engañas a todo el país haciendo lo mismo que el que te rodea. Eres como el jardinero de la iniquidad, que riega su tierra con el pecado

para que crezca en ella la mentira y se extienda la perversidad.»

El campesino vino a quejarse por séptima vez, y dijo: «Intendente, mi señor. Eres el piloto de toda esta tierra y toda ella navega según tus órdenes. Eres el segundo después de Thoth, que juzga sin inclinarse a ninguno de los lados. Señor, permite que mi asunto sea conducido en justicia. No te incomodes; no está bien que aparezca irritado quien como tú es de rostro benévolo. No te preocupes de lo que aún no ha llegado ni te regocijes por lo que no ha acontecido todavía. El buen juez obra según su corazón, pero el que vulnera la ley y destruye la cuenta exacta no deja vivir a los miserables a quienes ha despojado y la verdad no le saluda.

Está lleno mi cuerpo y cargado mi corazón, y de mi cuerpo sale la queja como por la brecha de un dique corre el agua; mi boca se abre a la palabra; he vertido lo que había en el estanque de mi seno. He lavado mis vestidos, se ha producido mi discurso y aparece completa ante ti la imagen de mi miseria. ¿Cuál será ahora tu decisión? Tu inercia te extraviará, tu rapacidad te hará imbécil y tu avidez te creará enemigos.

¿Dónde encontrarás un campesino semejante a mí? ¿Permanecen los suplicantes parados a la puerta de su casa? Aquel a quien tú has movido a hablar, no callará. No dormirá aquel a quien

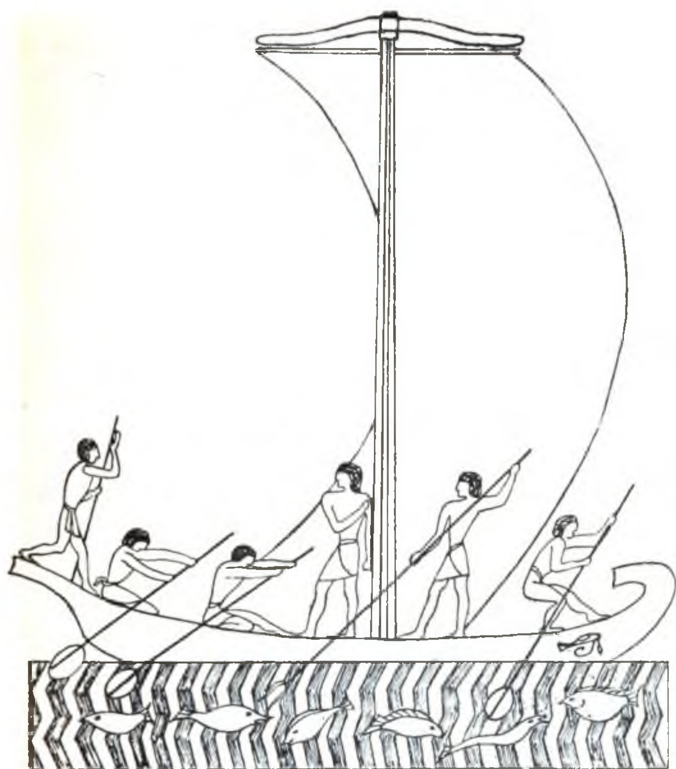
has despertado; no se cerrará la boca que tú has abierto; no volverá a ser ignorante quien tú has hecho sabio; no será insensato el instruído por ti. Quienes como yo te hablan son los destructores del mal, los buenos consejeros que te rodean, los artesanos que producen cuanto existe, los que, como los magos, vuelven a su sitio la cabeza cortada.»

El campesino vino a quejarse por octava vez, y dijo: «Intendente, mi señor. La codicia es fatal; el codicioso se queda sin lo suyo, se le escapa lo suyo. Tú eres codicioso, y eso no te está bien; robas, y eso no es bueno para ti, para ti que en otras ocasiones has apoyado al hombre que defendía una causa justa.

Tienes en tu casa cuanto necesitas; tu vientre está lleno. Rebosa el grano de la medida, y lo que sobra se vierte y queda tirado en el suelo. Los consejeros, que están colocados en su puesto para poner dique al mal, quitan, roban, hurtan. Los adjuntos, colocados para acabar con la mentira, son el refugio de los malvados.

El temor que te profeso me ha impedido llegar a ti a protestar, y tú no conoces mi corazón.

Tú tienes en el campo tus tierras, en tus tierras tu pan y en el granero tu alimento. Los consejeros te dan una parte y tú la aceptas; ¿no eres tú también un ladrón? Y ¿no te traen cosas cuando



las tropas van contigo al nuevo reparto de los predios después de la inundación?

Obra según verdad, por respeto al señor de la verdad, cuya verdad es la verdad justa. Eres caña de escribir, eres libro, eres escritura de Thoth cuando te alejas de hacer el mal. El bien aparece cuando tú eres bueno.

«La verdad dura eternamente y desciende al juicio de los muertos con aquel que ajustó a ella sus acciones. Aunque sea enterrado y embalsamado, su nombre no se borra de la memoria de las gentes. Se le recuerda por el bien que ha hecho.» Esto es lo que dice justamente la palabra de Dios. Si es una balanza, no se ha desequilibrado; si es una báscula, no ha dado un peso falso.

Sea yo el que a ti venga o sea otro, salúdale y no le respondas con el saludo del silencioso, y no acometas a quien no te acomete.

No sufres ni estás enfermo, no has sido fugitivo ni estás arruinado, y, sin embargo, no me has dado respuesta alguna a esta hermosa palabra que procede de la boca del mismo Re: «Di la verdad, obra según la verdad, que es grande, potente y duradera. El premio de los dioses te alcanzará si así lo haces y te encaminará a la bienaventuranza.»

Si la balanza está desequilibrada o lo están sus platillos, no habrá ningún resultado justo. Un mal modo no llega a la ciudad, como un mal

barco no arriba al puerto, mientras que uno bueno sí.»

El campesino vino a quejarse por novena vez, y dijo: «Intendente, mi señor. La balanza de los hombres es su lengua. La buena balanza dice lo que hay y castiga al que merece castigo. Iguálala en tu justicia. Al que pacta con la mentira, la verdad le abandona, y se extravía y su barca no atraviesa el río. El rico en mentiras no tiene hijos ni herederos sobre la tierra. El que se embarca en la mentira no llega a tierra y su barca no fondea en su ciudad.

No seas duro, ya que no seas blando; no seas lento, ya que no seas rápido. No seas parcial; no atiendas a tu preferencia. No escondas tu rostro a aquel a quien conoces; no te hagas el ciego para aquel a quien ves. No rechaces al que acude a rogarte. No seas negligente, pues será criticada tu conducta. Haz justicia al que te la hace. No escuches a los malos consejeros y llama al que sabe. No hay ayer para el negligente; no hay amigo para el que es sordo a la verdad; no hay día alegre para el codicioso. Te estoy suplicando, y tú no me escuchas. Tendré que irme a impetrar la compasión de Anubis (dios de los muertos).»

El intendente Rensi, hijo de Meru, envió a dos servidores para que le hiciesen volver. El campesino llenóse de temor, pensando que le llamaban para castigarle por su discurso.

El campesino dijo: «Como el sediento se llega al agua, como la boca del infantuelo a la leche, así ansío yo ver cómo viene la muerte.»

El intendente Rensi, hijo de Meru, dijo: «No temas, campesino. Te quedarás conmigo.» El campesino, entonces, juró: «Comeré eternamente tu pan y beberé tu cerveza.» El intendente dijo: «Acércate, para que veas si he reproducido bien tus quejas.» Y mandó que las escribiesen sobre un papiro nuevo, respondiendo cada queja a un día. El intendente Rensi lo envió a la Majestad del rey Neb-kau-re. El rey se regocijó más que con todo lo que en el país había.

Dijo Su Majestad: «Decide tú mismo, oh hijo de Meru.» Entonces el intendente envió dos servidores a buscar al felah; le trajeron y le dieron seis esclavos, cebada, trigo, asnos, y además todo lo que poseía Dehuti-necht.

7

Cantos al rey Sesostris III

(Las cuatro canciones han sido compuestas, al parecer, para la entrada del rey en «su ciudad» y le dan la bienvenida en nombre de los habitantes. Por el comienzo de la cuarta canción se ve que se trata de una ciudad del Alto Egipto.)

(Primer canto.)

Loor a ti, Cha-kau-re, nuestro Horus, Neter-
[cheperu,
el que al país ampara y extiende sus fronteras,
el que con su corona vence a los extranjeros,
el que encierra en sus brazos a las dos comarcas
y con sus brazos al adversario estrangula,
el que mata a los arqueros sin emplear su maza
y dispara la flecha sin que el arco se tienda.
Tu poder ha vencido en su tierra a los trogloditas.

A nueve pueblos de los que usan arco venció el
[miedo que inspiras.
Miles han muerto en feroz carnicería
de los arqueros que atacaron tus fronteras.
Disparas la flecha como la diosa Sechmet,
y caen miles de los que desconocían tu poder.
Las órdenes de Tu Majestad han encerrado a los
[nubios,
y tus mandatos hicieron huir a los beduínos.
Eres joven, eres único y luchas por tus fronteras,
y no dejas tarea a tus hombres.
Merced a ti pueden dormir las gentes hasta el día,
y tus hijos duermen amparados por tu esfuerzo.
Tus mandatos han trazado las fronteras de tu reino
y por tu palabra se han unido ambas orillas.

(Segundo canto.)

¡Cómo se alegran los dioses! Tú les has hecho fecundos sacrificios.

¡Cómo se alegran tus pueblos! Tú has trazado sus fronteras.

¡Cómo se alegran tus antecesores! Tú has aumentado su parte.

¡Cómo se alegran los egipcios de tu fuerza! Tú los has protegido.

¡Cómo se alegran los hombres de tus pensamientos! Tu poder ha aniquilado a los enemigos.

¡Cómo se alegran las dos orillas de tu fuerza! Tú has ensanchado sus límites.

¡Cómo se alegra tu descendencia! Tú la has hecho crecer.

¡Cómo se alegran las dignidades de tu casa! Tú los has rejuvenecido.

¡Cómo se alegran ambas comarcas de tu fuerza! Tú has protegido sus muros.

(Viene a continuación esta nota: «Horus, que ensancha sus fronteras, haz que se repita la eternidad.» *Sin duda, era una advertencia para el cantor. Acaso un estribillo o una indicación de melodía.)*

(Tercer canto.)

¡Cuán grande es el señor para su ciudad! El solo es un millón; los demás son pequeños a su lado.

¡Cuán grande es el señor para su ciudad! Es como un dique que detiene la corriente del río crecido.

¡Cuán grande es el señor para su ciudad! Es como una casa fresca, que permite al hombre dormir de día.

(Dos versos incomprensibles; el segundo compara al rey con un lugar de refugio.)

¡Cuán grande es el señor para su ciudad! Es como el frescor del agua y la sombra en verano.

¡Cuán grande es el señor para su ciudad! Es como un rincón caliente y seco en tiempo de invierno.

¡Cuán grande es el señor para su ciudad! Es como una montaña que detiene la tormenta cuando el cielo está irritado.

¡Cuán grande es el señor para su ciudad! Es como la diosa Sechmet frente a los enemigos que invaden sus fronteras.

(Cuarto canto.)

Ha venido para ensanchar las fronteras del Alto Egipto. Se ha ceñido a su cabeza la doble corona.

Ha venido y se han unido en él las dos comarcas. Ha mezclado la avispa con la abeja.

Ha venido y ha sometido a su dominio al país negro. Ha puesto bajo su cetro al país rojo.

Ha venido y ha tomado bajo su protección las dos comarcas. Ha dado tranquilidad a las dos orillas.

Ha venido y ha devuelto a Egipto la vida, haciendo desaparecer sus sufrimientos.

Ha venido y ha dado la vida a los hombres. Y por él han respirado las gargantas de sus súbditos.

Ha venido y ha aplastado a los países extranjeros. Ha vencido a los trogloditas, que antes de él no conocían el miedo.

Ha venido y ha luchado por sus fronteras, salvando a los desposeídos.

(Un verso perdido.)

Ha venido para que eduquemos a nuestros hijos y enterremos a nuestros viejos.

8

Cantos a Osiris

1

El canto mayor.

¡Loor a ti, Osiris! ¡Señor de la eternidad, rey de los dioses! ¡El de los muchos nombres y la esencia magnífica! ¡El de las prácticas misteriosas en los templos!

El es quien tiene en Busiris su magnífico Ka y abundante alimento en Letópolis. Es aclamado con júbilo en Busiris y tiene en Heliópolis muchos manjares.

En él se piensa. Es el alma misteriosa del señor de Kerert, magnífico en Menfis; alma de Re y su propio cuerpo.

Alcanzó en Heracleópolis el descanso. Era ensalzado bellamente en el árbol de Naret, que brotó para elevar su alma.

Es señor del gran pórtico de Hermópolis, y muéstrase espantoso en Schashotep. Es señor de la eternidad en Abydos. En To-zoser, la ciudad de los muertos de Abydos, tiene su morada.

Su nombre perdura en lengua de los hombres. En los tiempos antiguos reinaba sobre ambos países. Alimenta a los nueve dioses. Es bienaventurado entre los bienaventurados y señor de los muertos.

Nun, el océano del cielo, le ha dado su agua, y el viento del Norte le envía su soplo hacia el Sur. El cielo es aire para su nariz y contento para su corazón. Las plantas crecen conforme a su deseo y el suelo le prepara sus manjares.

El cielo y sus estrellas le obedecen, y las grandes puertas se abren ante él. Ensálzale el cielo del Sur y venérale el cielo del Norte. Las estrellas imperecederas están bajo su guarda, y las incansables constituyen su vivienda.

Ofrécenle sacrificios por orden de Keb, dios de la tierra, y le veneran los nueve dioses. Los que habitan en el mundo subterráneo besan el suelo ante él, y los que viven en las ciudades de los muertos se inclinan ante él. Gritan jubilosos cuando le ven, y los que están allí (los muertos) tiemblan ante él. Las dos comarcas cantan a una sus alabanzas al acercarse Su Majestad.

Es el noble de los nobles. Su función es duradera y sólido su dominio. Es poderoso, benévolo

para los nueve dioses. Tiene el rostro amable y se le contempla con agrado.

Difundió por todos los países el temor a su grandeza, para que todos mencionasen su nombre al ofrendarle. De él tienen memoria los cielos y la tierra. Cántanle cantos alegres en la fiesta de la recolección. Por él se regocijan las dos comarcas. Es el mayor de sus hermanos, el más antiguo de los nueve dioses.

Asentó el derecho en ambas orillas y puso al hijo en el trono de su padre. Es alabado por su padre Keb y amado de su madre Nut.

Es potente cuando vence a sus adversarios y de recio brazo cuando derriba a sus enemigos. Infundió pavor al enemigo y extendió sus fronteras hasta el país de los que concebían perversos planes. Destrozó al enemigo con ánimo valeroso.

Es heredero de Keb en el reino de las dos comarcas. Viendo Keb su capacidad, le confió las dos comarcas para que felizmente las rigiese.

Puso en sus manos este país, el agua y el aire, las hierbas y todos los rebaños. Fué transmitido al hijo de Nut cuanto vuela y cuanto anda, los gusanos y la caza; y las dos comarcas lo vieron con agrado.

Apareció en el trono de su padre, como Re cuando emerge en el horizonte para dar luz a los que viven en la oscuridad. Iluminó e inundó de luz las dos comarcas, como el sol por la mañana.

Su corona, de tan alta, hendió el cielo y se reunió con las estrellas. El dirige a todos los dioses. El manda, justiciero. Es ensalzado por los nueve dioses mayores y amado por los nueve dioses menores.

Su hermana Isis le amparó. Ella detuvo al enemigo y contuvo las acciones del malo por la dulzura de su boca. Isis tiene lengua acertada, cuya palabra no erró nunca y cuyos mandatos son siempre oportunos.

La buena Isis amaba a su hermano; le buscó incansable; recorrió errabunda todo el país, y no descansó hasta haberle encontrado.

Ella hizo sombra con sus plumas y viento con sus alas. Ella sacó jubilosa a su hermano del país en donde estaba.

Ella alivió el desaliento del cansado. Ella recogió sus gérmenes y le preparó descendencia. Ella dió el pecho al niño en la soledad, sin que se supiese dónde estaba. Ella, cuando su brazo se hizo fuerte, lo llevó al palacio de Keb.

Llenos de júbilo, exclamaron los nueve dioses:

«¡Bienvenido seas, Horus, hijo de Osiris!

¡Valeroso, justiciero!

¡Hijo de Isis y heredero de Osiris!»

El tribunal de la verdad se reunió para él. Allí estaban los nueve y el Señor del Universo todo, y los veraces, que están unidos en él y que vuelven la espalda a la injusticia.

Sentáronse en el salón de Keb para conferir la dignidad a su señor y dar el reino a quien debía recibirlo.

Hallaron que el discurso de Horus era verdad, y le dieron la dignidad de su padre. Fué coronado por mandato de Keb, asumió la soberanía de ambas orillas y la corona se asentó firme en su cabeza.

La tierra le fué atribuída, y el cielo y la tierra puestos bajo su guardia. Le fueron entregados hombres, pueblo, gente y humanidad. Bajo su imperio estaban Egipto y los pueblos del mar, y bajo su dirección se hallaba cuanto el sol abarca con su luz, el viento del Norte, el río, las mareas, los árboles frutales y todas las plantas.

El dios del grano le dió al bienaventurado toda su hierba y sus alimentos; trajo consigo la hartura y la estableció en todos los países.

Todas las gentes estaban alegres, con ánimo gozoso y regocijado corazón. Todos le cantaban jubilosos y veneraban su bondad: «¡Cómo le amamos! Su bondad penetra en todos los corazones y nuestro amor por él es inmenso.»

Han dado al hijo de Isis su enemigo... Le han hecho daño al malo...

El hijo de Isis ha protegido a su padre y su nombre se ha hecho bello y grande. La fuerza ocupa su puesto y con sus leyes perdura el bien-

estar. Los caminos están seguros y se han abierto los senderos.

¡Qué contentas están las dos comarcas! Ha desaparecido el mal y la perversidad se ha disipado. El país es dichoso bajo su señor. Está proclamado el derecho, y a la injusticia se le ha vuelto la espalda.

¡Alégrate, Wen-nofre! (nombre de Osiris). Ha ceñido la corona el hijo de Isis. En la sala de Keb se le ha conferido la dignidad de su padre. Re habla, Thoth escribe y el tribunal se muestra conforme. Tu padre Keb ha ordenado, y se hace lo mandado por él.

2

Cantos menores.

¡Loor a ti, Osiris, hijo de Nut! Señor de los cuernos que adornan la alta corona. A ti dieron jubilosos la corona los nueve dioses.

Tu prestigio ha sido impreso por Atum en el corazón de hombres y dioses, de bienaventurados y de difuntos.

Se te concedió el gobierno de Heliópolis. Eres el grande en Busiris, el terrible en ambos lugares, el espantoso en Rosetau, el prestigioso en Ehnas, el poderoso en Tenent.

Eres el muy amado sobre la tierra, el que ha

dejado buena memoria en el palacio de los dioses, el que apareció en toda su grandeza en Abydos.

Fuiste justificado ante los nueve dioses. En tu honor se organizó una matanza en el gran salón de Her-wer.

Ante ti se llenaron de espanto los poderosos y se levantaron de sus esteras los grandes.

Schu ha infundido en todos tu temor, y Tefnet ha creado tu prestigio.

Las dos moradas de los dioses en el Alto y en el Bajo Egipto han venido a ti reverenciosas, por el gran temor que inspiras y el poderoso prestigio de que gozas.

Osiris, rey de los dioses, el más potente del cielo, el rey de los muertos. Miles te ensalzan en Babylos y las gentes te cantan en Heliópolis. Eres el señor de la carne en las casas altas y aquel a quien se hacen sacrificios de matanza en Menfis.

9

El cuento de los dos hermanos

UNA vez eran dos hermanos de la misma madre y del mismo padre; el mayor se llamaba Anubis y el menor Bata. Anubis tenía una casa y una mujer, y su hermano vivía con él como un hijo. Hacía los vestidos, guardaba el ganado, trabajaba y cosechaba y se encargaba de todas las labores del campo. Este hermano menor era un buen labrador, sin igual en todo el país, y la fuerza de un dios se albergaba en él.

Muchos días después de aquel día el hermano menor guardaba el ganado como de costumbre, y todas las noches venía a casa cargado con todas las hierbas de los campos, con leche y leña, y lo depositaba todo ante su hermano mayor, que es-

taba sentado con su mujer. Luego comía, bebía y se acostaba en su establo al cuidado del ganado.

Y cuando llegaba el siguiente día, preparaba la comida para su hermano mayor, que le daba pan para el campo, y sacaba los bueyes para que pastasen. Iba detrás del ganado, y éste le iba diciendo: «Aquí y allí hay buena hierba.» El oía cuanto le decían y los llevaba al pasto de buena hierba que deseaban. De este modo, las vacas que guardaba prosperaban lucidas y tenían muchos terneros.

Una vez, en la época de arar, su hermano mayor le dijo: «Prepara una yunta de vacas, pues la tierra está ya buena para arar, porque ha salido del agua de la inundación. Y luego vente al campo con la semilla, pues mañana temprano vamos a arar.» Así dijo, y el hermano menor hizo cuanto el mayor le mandaba. Cuando amaneció el día se fueron al campo con su yunta y trabajaron con ardor, haciendo con corazón gozoso las labores.

Pero muchos días después, en el campo, les faltó semilla, y el hermano mayor envió al menor, diciéndole: «Vete y trae semilla del pueblo.» El hermano menor llegó a casa y se encontró a la mujer de su hermano mayor peinándose. Le dijo: «Levántate y dame grano, que me voy al campo; mi hermano me espera, anda pronto.»

Ella le respondió: «Abre tú mismo el granero

y coge lo que necesites, no vaya a quedar mi peinado sin terminar.»

El muchacho se fué al establo y trajo una gran medida, pues quería llevarse una buena cantidad de grano; la llenó de avena y trigo y se marchó con él. Ella le dijo: «¿Qué cantidad es la que llevas sobre los hombros?» El respondió: «Llevo tres medidas de trigo y dos de avena, en total cinco.» Ella le dijo entonces: «¡Qué fuerte eres! Diariamente veo cómo aumenta tu fuerza.» Y deseó conocerlo como se conoce a un muchacho.

Se levantó, lo cogió y dijo: «Ven, vamos a reposar juntos un rato. Si me lo concedes, te haré unos trajes muy hermosos.»

Esta villana proposición puso al muchacho rabioso como un leopardo, y ella sintió gran miedo. El la habló y dijo: «Eres para mí como una madre y tu marido como un padre, pues como mayor me ha educado. ¿No comprendes el horror de lo que me has dicho? No me lo repitas, y yo no se lo diré a nadie y nadie lo sabrá de mi boca.» Tomó su carga y marchó al campo, y cuando llegó a donde estaba su hermano, trabajaron con ardor en su tarea.

A la tarde, el hermano mayor regresó a casa, mientras el menor se quedaba con el ganado. Venía cargado con toda suerte de cosas del campo y traía a las bestias delante de sí para que durmieran en el establo del pueblo. Pero la mujer de su

hermano mayor, temerosa de lo que había dicho, cogió grasa... e hizo como si la hubieran golpeado brutalmente, para decirle a su marido:« Tu hermano menor es quien me ha pegado.» Cuando el marido llegó a casa, a la tarde, como todos los días, encontró a su mujer en la cama y doliente. No le vertió agua en las manos como de costumbre, no había encendido luz y la casa estaba a oscuras, y la mujer yacía terriblemente maltratada. Su marido le dijo: «¿Quién ha hablado contigo?» Ella respondió: «Nadie ha hablado conmigo más que tu hermano menor. Cuando vino a buscar el grano, al encontrarme sentada sola, me dijo: «Ven, vamos a reposar juntos un rato; ponte tu mejor vestido.» Yo no le escuché. «¿No soy yo tu madre y tu hermano mayor no es para ti como un padre?», le dije. Entonces a él le entró miedo y me pegó para que no dijese nada. Pero si le dejas vivir, yo me mataré, pues cuando venga a casa, al saber que te he contado su maldad, ya puedes suponer lo que me hará.»

Entonces el hermano mayor se puso rabioso como un leopardo, afiló su cuchillo y lo cogió en la mano, poniéndose detrás de la puerta del establo para matar a su hermano menor cuando viniera a casa a traer el ganado.

Como todos los días, al ponerse el sol, el hermano menor cargó con todas las hierbas del campo. Pero la primera vaca, al entrar en el establo, le

dijo a su pastor: «Ten cuidado. Ahí está tu hermano mayor con un cuchillo para matarte. Ponte en salvo.» Oyó lo que decía la primera vaca, y la otra, al entrar, dijo lo mismo. Entonces miró por debajo de la puerta del establo y vió los pies de su hermano, que estaba detrás con un cuchillo en la mano. Viendo esto, dejó su carga en tierra y echó a correr con todas sus fuerzas. El hermano mayor salió persiguiéndole con su cuchillo.

El hermano menor invocó a Re-Harachti, y dijo: «¡Mi buen señor! ¡Tú eres quien juzga entre el inicuo y el justo!» Re escuchó sus súplicas e hizo aparecer entre los dos hermanos una inmensa extensión de agua, que estaba llena de cocodrilos, y uno se encontraba a un lado y otro al otro. De rabia por no haberle matado, el hermano mayor se golpeó dos veces en la mano.

El hermano menor le gritó desde el otro lado, diciendo: «Estáte ahí hasta que luzca el día. Cuando salga el sol pleitearé contigo, a fin de que el justo venza al inicuo. Pues yo no volveré a vivir contigo ni a parar en el sitio en que tú estés. Me iré al Valle de los Cedros.»

Cuando se iluminó la tierra y fué otro día, salió Re-Harachti y los dos hermanos se vieron. El joven dirigió la palabra a su hermano, diciéndole: «¿Cómo es que me persigues para matarme por falsedad, sin oírme antes? ¿No soy yo tu hermano menor y no eres tú para mí un padre y tu mujer

como una madre? ¿No es así? Cuando me enviaste en busca de grano, tu mujer me dijo: «Ven, vamos a reposar juntos un rato.» Pero ya veo que te han contado de otro modo lo que sucedió.» Y le contó cuanto había pasado entre él y su mujer.

Juró por Re-Harachti, y dijo: «¡Que hayas querido matarme por falsedad, con un puñal en la mano, por las palabras de una mujer inmunda!» Cogió un cuchillo de cortar plantas, se cortó el miembro y lo tiró al agua, donde un cocodrilo lo devoró. Empezó a decaer y a desfallecer. El hermano mayor sintió un gran dolor y dióse a llorar amargamente. Pero a causa de los cocodrilos no pudo pasar a la ribera donde estaba su hermano.

El hermano menor le gritó: «Ya que has pensado una cosa mala, ¿no quieres pensar también en una buena o en una de las que yo haría por ti? Vete a casa y cuida tú mismo de tu ganado, pues yo ya no viviré donde tú estés. Me iré al Valle de los Cedros. Lo que te pido que hagas por mí es que vengas a cuidarme cuando me ocurra algo. Lo que acontecerá es que cogeré mi corazón y lo colocaré sobre la flor del cedro. Cuando corten el cedro y mi corazón caiga a tierra, ven a buscarlo, y aunque pases siete años sin encontrarlo, no te canses. Cuando lo encuentres, mételo en un jarro de agua fresca, y resucitaré para responder a la iniquidad que se ha hecho conmigo. Sabrás que me ha ocurrido algo cuando te den un tazón

de cerveza y eche espuma; no te estés entonces quieto, que eso te importa.»

Se fué al Valle de los Cedros y su hermano mayor volvió a casa con su mano sobre la cabeza y lleno de polvo. Mató a su mujer, la echó a los perros y se quedó en duelo por su hermano menor.

Muchos días tras esto, el hermano menor seguía en el Valle de los Cedros. Nadie estaba con él; pasaba el tiempo cazando las bestias del desierto y por la noche dormía debajo del cedro en cuya flor había puesto su corazón. Pero muchos días tras esto; levantó con su mano un palacio en el Valle de los Cedros lleno de buenas cosas, pues quería poner casa.

Saliendo un día de su casa, encontró a los nueve dioses que andaban inspeccionando toda la tierra. Los nueve dioses hablaron a una voz y le dijeron: «¡Oh Bata, toro de los nueve dioses! Estás aquí solo y has abandonado tu país a causa de la mujer de Anubis, tu hermano mayor. He aquí que éste ha matado a su mujer, pues tú le has hecho ver la iniquidad cometida contigo.» Los dioses sintieron gran compasión por él, y Re-Harachti le dijo a Chnum: «Dale una mujer a Bata para que no viva tan solo.» Chnum le hizo una compañera de miembros más hermosos que los de ninguna mujer sobre la tierra, pues llevaba en sí el germen de todos los dioses.

Las siete Hathores, (diosas de las mujeres y del amor que desempeñan en este cuento el papel de hadas) vinieron a verla y dijeron a coro: «Morirá de muerte violenta.»

Bata se enamoró de ella. Ella se estaba en casa mientras él pasaba el tiempo cazando en el desierto para traerle caza. El le dijo: «No salgas, no te vaya a llevar el mar; no podría salvarte, pues soy una mujer como tú; mi corazón está sobre la flor del cedro, y si alguien lo encuentra, me tendrá en su poder.» Le abrió a la mujer su corazón en cuanto le concernía.

Muchos días después de esto, salió Bata de casa como de costumbre. La muchacha se fué camino del cedro, que estaba junto a su casa, cuando apercibió al mar que venía hacia ella con sus ondas. Ella echó a correr y se metió en la casa. El mar le gritó al cedro: «¡Sosténmela!» Y el cedro le arrancó una trenza de sus cabellos. El mar arrastró la trenza hasta Egipto y la depositó en el lugar en que paraban los lavanderos del Faraón.

El olor de la trenza metióse por la ropa del Faraón. Y dijeron: «La ropa del Faraón huele a pomada.» Todos reñían a los lavanderos, que no sabían qué hacer. En esto, el jefe de los lavanderos del Faraón, que estaba muy disgustado por las continuadas riñas, iba por el muro del río. Se detuvo y se paró en un banco de arena frente a la trenza que estaba en el agua. Mandó

que bajasen al agua, y le trajeron la trenza, encontrando que tenía muy buen olor. Cogióla y se la llevó al Faraón.

Fueron convocados los escribas y sabios, que le dijeron al Faraón: «Esta trenza pertenece a una hija de Re, en quien se encierra la esencia de todos los dioses. Puesto que te la mandan de tierra extranjera, envía emisarios a todos los países para buscar a la mujer. Pero al emisario que mandes al Valle de los Cedros, envíale con mucha gente para traerla.» Su Majestad dijo: «Está bien lo que habéis dicho.» Y envió los emisarios.

Pasados muchos días, volvieron los emisarios que habían ido a los países extranjeros para traer noticias a Su Majestad; pero no los del Valle de los Cedros, pues Bata los había matado, no dejando más que a uno con vida para informar a Su Majestad.

Entonces Su Majestad envió muchos soldados y gentes de carro para traer a la mujer, e iba con ellos una mujer a quien se proveyó de hermosas alhajas femeninas. La mujer vino con ellos a Egipto, y todo el país se regocijó de ello.

Su Majestad la amó mucho y la nombró gran princesa del harén. Hablaron con ella para que dijera quién era su marido. Ella le dijo a Su Majestad: «Que corten y destruyan el cedro.» Se mandaron soldados con sus armas para tirar el cedro. Llegaron al cedro, cortaron la flor sobre la

cual estaba el corazón de Bata, y éste cayó muerto al momento.

Cuando amaneció y vino un segundo día, después de cortado el cedro, Anubis, el hermano mayor, entró en su casa, se sentó y se lavó la manos. Le dieron una taza de cerveza, y estaba pasada; le dieron una de vino, y se había echado a perder. Entonces cogió su bastón y sus sandalias, sus vestidos y sus armas y se encaminó al Valle de los Cedros. Llegó a la casa de su hermano menor y le encontró tendido en el lecho, y vió que estaba muerto. Lloró al ver muerto a su hermano y luego se puso a buscar el corazón de su hermano menor, en el cedro bajo cuyo abrigo se acostaba al atardecer. Lo buscó tres años sin hallar nada, y cuando había comenzado el cuarto año, sintió deseos de irse a Egipto y dijo en su corazón: «Mañana me marcho.»

Cuando amaneció y hubo llegado otro día, se fué al cedro y estuvo buscando todo el día; a la tarde había dejado ya de buscar, cuando, al volver a mirar por última vez, vió una fruta. Se la llevó a casa, y al abrirla vió que era el corazón de su hermano. Cogió una taza de agua fresca, echó en ella la fruta y se sento, como era su costumbre diaria.

Pero cuando se hubo hecho de noche y el corazón hubo absorbido toda el agua, se estremeció Bata en todos sus miembros y se puso a mirar a su

hermano, mientras su corazón estaba aún en la taza. Entonces Anubis cogió la taza de agua fresca donde estaba el corazón de su hermano, se la dió a beber y, cuando el corazón tornó a su sitio, volvió a ser el mismo que había sido antes. Los hermanos se abrazaron y hablaron.

Bata le dijo a su hermano mayor: «Escucha; yo me convertiré en un gran toro, con todos los bellos colores del toro sagrado y cuya naturaleza será desconocida. Tú te sentarás sobre mi lomo, y cuando salga el sol, estaremos allí donde mora mi mujer, para que yo le responda. Tú me llevarás a la presencia del rey, que te llenará de dones. Te cargarán de plata y oro por haberme llevado a presencia del Faraón, pues yo seré un gran milagro y todo el país se estremecerá de júbilo. Y luego volverás a tu pueblo.»

Cuando amaneció y hubo llegado otro día, tomó Bata la figura que había dicho a su hermano. Anubis, su hermano mayor, se puso sobre su lomo a la aurora y llegó a la presencia del rey. Le dieron noticia de él a Su Majestad, quien al verlo manifestó gran gozo. Le hizo dos grandes sacrificios, y dijo: «He aquí un gran milagro que se ha producido.» Por él se llenó de júbilo todo el país.

Dieron mucho oro y plata al hermano mayor, el cual se estableció en su pueblo con muchos esclavos y objetos, pues el Faraón le amaba mucho más que a ningún hombre de la tierra.

Muchos días después de esto, el toro entró en el harén y, al llegar a donde estaba la princesa, se puso a hablar con ella, diciendo: «Mira, vivo todavía.» Ella preguntó: «¿Quién eres?» El respondió: «Soy Bata. Cuando le mandaste al Faraón que cortase el cedro, tú sabías perfectamente que yo no viviría más; y, sin embargo, ya ves que vivo en figura de toro.» La princesa se llenó de miedo por lo que su marido le había dicho.

La princesa salió del harén y Su Majestad pasó el día con ella. Ella le escanciaba y él se mostraba muy amable. En esto ella le dijo a Su Majestad: «Júrame por Dios que cumplirás lo que yo diga.» Y él prometió obedecer a lo que ella dijera. Ella dijo: «Déjame comer el hígado de ese toro, pues no sirve de nada.» Se afligieron todos mucho de lo que ella pidió, y Su Majestad sintió gran compasión del toro.

Cuando amaneció y hubo llegado otro día, se dispuso un gran sacrificio y como ofrenda el toro, y se envió a uno de los primeros matarifes de Su Majestad para que matase al toro. Pero después de muerto, y cuando iba en brazos de la gente que se lo llevaban, sacudió el cuello y dejó caer dos gotas de sangre en la puerta de Su Majestad, y una de las gotas cayó a uno de los dos lados de la gran puerta y otra al otro. En seguida nacieron dos grandes perseas a cuál más hermosa.

Fueron a decirle a Su Majestad: «Esta noche

han nacido dos grandes perseas, con gran milagro, a los dos lados de la puerta de Tu Majestad.» Todo el país se llenó de júbilo y se hicieron ofrendas.

Muchos días después de esto apareció Su Majestad en la ventana de lapislázuli con una guirnalda de flores ceñida al cuello; iba en un carro de oro y salió del palacio para ver las perseas. La princesa iba a caballo detrás del Faraón.

Su Majestad se sentó bajo una de las perseas. En esto, Bata le dijo a su mujer: «¡Oh pérfida! Soy Bata. Vivo aún, a pesar tuyo. Sabías que moriría cuando le aconsejaste al Faraón que cortase el cedro. Me he convertido en toro, y me has hecho matar.» Muchos días después de esto estaba la princesa con Su Majestad y le escanciaba y él se mostraba muy amable. La princesa le dijo a Su Majestad: «Júrame por Dios que cumplirás lo que yo diga.» El prometió cumplir lo que ella dijera, y ella dijo: «Haz que corten las dos perseas para fabricar hermosos muebles con ellas.» Se prestó oído a lo que dijo.

Muchos días después envió Su Majestad expertos obreros para que derribasen las perseas; el Faraón asistía al acto viendo lo que hacían, junto con su regia esposa, la princesa. Saltó una astilla que fué a dar en la boca de la princesa, la cual se la tragó, y en el mismo momento quedó embarazada. Se hizo con los árboles lo que ella deseaba.

Muchos días tras esto, la princesa dió a luz un

hijo y le anunciaron a Su Majestad: «Te ha nacido un hijo.» Le trajeron a donde estaba y le dieron un ama y niñeras. Todo el país se llenó de júbilo y se hizo fiesta con gran diversión del pueblo. Se le educó en palacio y Su Majestad le amó mucho desde el primer instante. Y para honrarle fué nombrado hijo del rey de Etiopía. Pocos días después fué proclamado heredero de todo el país.

Muchos días después, cuando llevaba muchos años como heredero de todo el país, Su Majestad ascendió al cielo. El nuevo rey dijo: «Que se reúnan mis grandes consejeros reales para que yo les instruya de cuanto me ha acontecido.» Le trajeron a su mujer y habló con ella ante ellos, y se mostraron de acuerdo en castigarla. Le trajeron a su hermano mayor y lo proclamó príncipe heredero de su país. Ocupó el trono de Egipto treinta años, y, al morir, su hermano mayor le sucedió, el día de sus funerales.

10

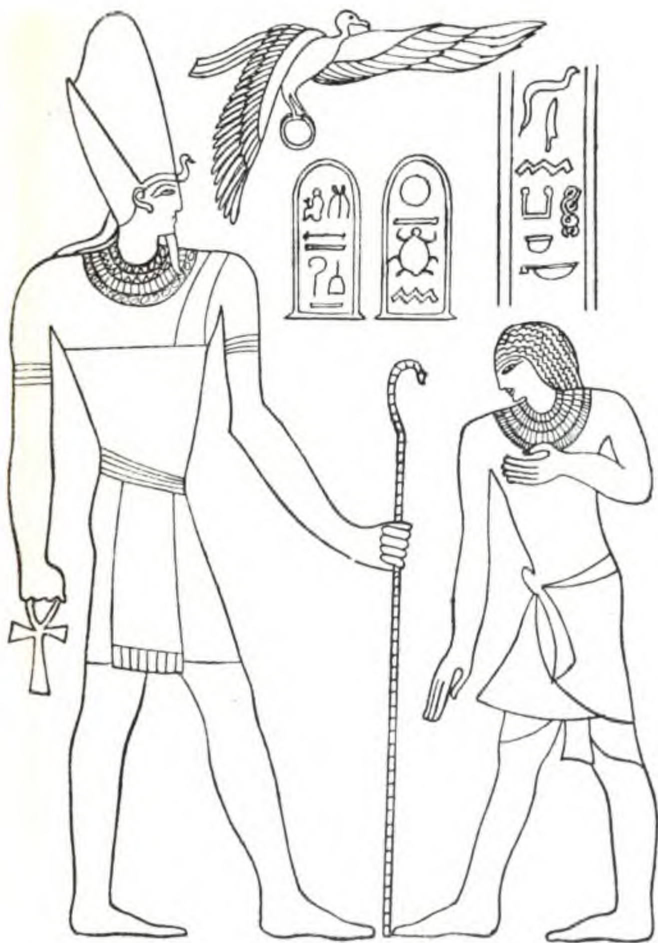
El príncipe predestinado

UNA vez era un rey que no tenía ningún hijo varón. Afligido por ello, les pidió un hijo a los dioses a quienes servía, y éstos decretaron que tuviese uno. Aquella noche durmió con su mujer, y ella concibió. Pasados los meses, dió a luz un hijo.

Cuando llegaron las Hathores para predecir el destino del niño, dijeron: «Morirá por el cocodrilo, o por la serpiente, o por el perro.» Los que estaban junto al niño le contaron esto a Su Majestad, que quedó muy afligida.

Su Majestad hizo construir una casa de piedra en el desierto, provista de gentes y de todas las buenas cosas de palacio, y ordenó que el niño no saliese nunca de ella.

Pero un día, cuando el niño fué mayor, subió al



tejado y vió a un galgo que seguía a un hombre por el camino. Le dijo al criado que estaba junto a él: «¿Qué es eso que va detrás del hombre que viene por el camino?» El servidor dijo: «Es un galgo.» El niño le dijo: «Quiero que me traigan uno como ése.» El paje se lo contó a Su Majestad, y Su Majestad dijo: «Que le den un perro pequeño para que no se preocupe.» Le trajeron el galgo.

Mas después que pasaron muchos días, el niño se había desarrollado en todos sus miembros, y envió un mensaje a su padre, diciéndole: «¿De qué sirve que pase aquí mi vida ocioso? Ya que me amenazan tres destinos adversos, déjeseme obrar según mi corazón, y Dios hará su voluntad.» Escucharon sus deseos y le dieron armas y un paje para que le acompañara. Le transportaron a la costa oriental y le dijeron: «Vete ahora a donde quieras.» Y dejaron con él al galgo.

Siguiendo sus caprichos, se encaminó al Norte por el desierto, viviendo de las primicias de la caza. Así llegó a la morada del príncipe de Naharina. El príncipe de Naharina no tenía hijos varones, sino únicamente una hija, para la cual había levantado una casa cuyas ventanas estaban alejadas del suelo setenta varas. Convocó a todos los hijos de los príncipes del país de Charu y les dijo: «El que suba hasta la ventana de mi hija se casará con ella.»

Pero cuando habían pasado muchos días y los príncipes de Charu estaban ocupados a diario, pasó por allí el príncipe de Egipto. Le llevaron a la casa, le bañaron, dieron piensos a sus caballos, le mostraron toda suerte de amabilidades, le perfumaron y le dieron pan a su criado. En tono de conversación, le dijeron: «¿De dónde vienes, bello joven?» El les dijo: «Soy hijo de un oficial del país de Egipto. Mi madre se ha muerto y mi padre se ha casado con otra mujer. Mi madrastra me cogió odio, y yo escapé de ella.» Entonces le abrazaron y le besaron en todos sus miembros.

Pero cuando hubieron pasado algunos días, él les dijo a los príncipes: «¿Qué hacéis ahí?» Le respondieron: «El que suba a la ventana de la hija del príncipe de Naharina se casará con ella.» El les dijo: «Acaso pueda yo. Conjuraré mis pies, para subir con vosotros.» Los príncipes, como todos los días, trataron de subir, mientras el príncipe de Egipto se mantenía alejado, viendo la escena. La mirada de la hija del príncipe de Naharina posaba sobre él.

Cuando hubieron pasado algunos días, el príncipe de Egipto trató también de subir con los hijos de los demás príncipes y alcanzó la ventana de la hija del príncipe de Naharina. La princesa le besó y abrazó en todos sus miembros.

Fueron a alegrar al padre de la princesa con

esta nueva, y le dijeron: «Un hombre ha alcanzado la ventana de tu hija.» Preguntó el príncipe por él y dijo: «¿De cuál de los príncipes es hijo?» Le respondieron: «Es hijo de un oficial. Ha huído de Egipto para escapar a la cólera de su madrastra.» Entonces el príncipe de Naharina montó en cólera y dijo: «¿Voy a darle mi hija a un fugitivo del país de Egipto? Que se vaya a su tierra.»

Llegaron y le dijeron al príncipe: «Márchate por donde has venido.» Pero la princesa lo abrazó y juró por Dios, diciendo: «Por Re. Si me separan de ti, no comeré ni beberé más y me moriré al instante.» Un mensajero fué a comunicar al padre lo que ella había dicho.

El príncipe mandó llamar al mancebo y a su hija, y besando y abrazando a aquél en todos sus miembros, le dijo: «Cuéntame quién eres, pues ahora eres para mí como un hijo.» El joven respondió: «Soy hijo de un oficial del país de Egipto. Murió mi madre y mi padre volvió a casarse, y yo me he ido, huyendo del odio de mi madrastra.» El príncipe le dió a su hija por mujer y también una casa, gente y tierras, así como ganado y todo género de cosas buenas.

Pero después que hubieron pasado muchos días, el joven le dijo a su mujer: «Estoy predestinado a tres destinos: al cocodrilo, a la serpiente y al perro.» Entonces ella le dijo: «Que maten, pues, al galgo que te sigue.» El le dijo: «No dejaré

matar al perro, a quien he criado desde pequeño.» Ella entonces comenzó a vigilar cuidadosamente a su marido y no le dejaba salir solo.

Pero el joven deseó recorrer la tierra de Egipto. El cocodrilo del río apareció en la ciudad en que estaba el príncipe. Pero había en ella un gigante que no dejaba salir al cocodrilo. Cuando el cocodrilo dormía, el gigante salía a pasearse, y al ponerse el sol, el gigante tornaba a su albergue; y así diariamente durante dos meses.

Luego que hubieron pasados los días, el príncipe se quedó en casa para divertirse. A la noche se acostó en su lecho y el sueño se apoderó de todos sus miembros. Su mujer llenó una taza con cerveza. Salió en esto una serpiente de su agujero para morder al joven, pero la mujer estaba junto a él sin dormir, velándole, y las criadas le dieron a la serpiente la cerveza, que ésta bebió hasta emborracharse. Al fin se quedó dormida sobre sus espaldas, y la mujer la hizo pedazos con su hacha. Despertaron al marido, y ella le dijo: «He aquí que tu dios ha puesto en tus manos uno de tus destinos. El te pondrá también los otros.» Entonces hizo ofrendas al dios y le adoró y exaltó su poder durante todos los días de su vida.

Y después que hubieron pasado los días, el joven salió a pasear por sus dominios, seguido de su perro. Como el perro saliera corriendo, persiguiendo caza, el príncipe le siguió y bajó tras él al río.

Entonces salió el cocodrilo y lo arrastró a donde estaba el gigante. El cocodrilo le dijo al príncipe: «Yo soy el destino que te persigue. Pero te dejaré el día que el gigante deje de existir.»

Cuando amaneció y se hizo nuevo día, vino...

(El resto es incomprensible.)

11

El viaje de Unamún

(El viejo y famoso barco User-het, *que salía engalanado durante las fiestas del dios Amón, de Tebas, había de restaurarse con madera de cedro del Libano. Cuando Egipto era poderoso y fuerte, el príncipe de Byblos enviaba gustoso la madera necesaria. Pero hacia 1100 a. de J. C. la potencia egipcia no existía ya. Aunque en Tebas reinaba de nombre un Ramsés, en realidad quien gobernaba era el Gran Sacerdote Hrihor. En Tanis mandaban Smendes y una mujer llamada Tent-Amón. Hizo falta madera para reparar el barco* User-het, *y entonces se reunió dinero, que dieron los poderosos de Egipto, y se envió a Unamún, servidor del templo, con una imagen de Amón Viajero, para adquirir en Byblos la madera necesaria.)*

EL año V, el día 16 del tercer mes de verano, este día, yo, Unamún, decano de la sala del templo de Amón de Karnak, partí a buscar la madera necesaria para la augusta embarcación de Amón-Re, rey de los dioses, que se encuentra en el Nilo y se llama *User-het-Amón.*

El día de mi llegada a Tanis, residencia de Smendes y de Tent-Amón, entregué el escrito de Amón-Re, rey de los dioses. Smendes y Tent-Amón mandaron que se leyese en su presencia, y dijeron: «Que se haga según dice Amón-Re, rey de los dioses, nuestro señor.»

Permanecí en Tanis hasta el cuarto mes del verano, y luego Smendes y Tent-Amón me enviaron con el capitán del barco *Menguebet,* y el primer día del cuarto mes del verano me embarqué en el gran mar de la Siria.

Llegué a Dor, ciudad de los Zakares, y su príncipe Beder me regaló cincuenta panes, una medida de vino y un trozo de carne de vaca. Un tripulante de mi barco se escapó, robando un vaso de oro que valía 5 *deben,* cuatro jarros de plata que valían 20 *deben* y una bolsa conteniendo plata por valor de 11 *deben,* lo que hacía un total de 5 *deben* de oro y 31 de plata.

Aquella misma mañana me levanté, me fuí en busca del príncipe y le dije: «Me han robado en tu puerto, y como tú eres el príncipe de este país y su juez, por tanto a ti te corresponde buscar mi dinero. Verdaderamente, ese dinero pertenece a Amón, señor de todos los países; pertenece a Smendes, pertenece a Hrihor, mi señor, y a los otros grandes de Egipto; te pertenece a ti y pertenece a Weret, pertenece a Mekemer y pertenecce a Zekarbaal, príncipe de Byblos.»

Él me respondió: «¿Estás colérico o hablas con benevolencia? Pues yo nada sé de esa historia que me cuentas. Si el ladrón fuese de mi país, si hubiera entrado en tu barco y robado tu dinero, te lo hubiera reembolsado de mi bolsillo, hasta que se encontrase al ladrón. Pero el ladrón que te ha robado te pertenece a ti y a tu barco. Quédate unos días aquí para buscarlo.»

Permanecí nueve días anclado en este puerto. Al cabo de ellos fuí a verle, y le dije: «No has encontrado mi dinero, así que voy a partir con el capitán del navío al puerto de Byblos. Si encuentras mi dinero, guárdalo y a mi vuelta a Egipto me detendré en tu país y lo cogeré.» Consintió, y el cuarto mes del verano me embarqué en el gran mar de Siria. Llegué al puerto de Tiro, le conté mi historia al príncipe de Tiro y me quejé del príncipe de Dor, que no había encontrado a los ladrones ni me había devuelto mi dinero. Pero el príncipe de Tiro era amigo del de Dor y me dijo: «Cállate o te acontecerá desgracia.» Salí de Tiro por la mañana, y bajé por el gran mar de Siria para ir al lugar donde estaba Zekarbaal, el príncipe de Byblos. En el barco había Zakares con un cofre, y al abrirlo encontré en él dinero hasta 30 *deben* y me apoderé de él. Les dije: «Cojo vuestro dinero y me quedaré con él hasta que hayáis encontrado el mío. Si decís: «no conocemos al que lo ha robado, no lo hemos cogi-

do», me quedaré con el dinero.» Cuando vieron mi firmeza, se fueron, y yo llegué al puerto de Byblos. Me bajé del barco, y el príncipe de Byblos me mandó decir: «Vete de mi puerto.» Yo le respondí: «¿Por qué me expulsas? ¿Te han dicho los Zakares que yo he cogido su dinero? Ese dinero era mío y me lo habían robado estando yo en el puerto de Dor. Soy el mensajero de Amón, enviado a buscar la madera necesaria para su barco, y los otros navíos que me habían dado se han marchado ya. Si quieres que me vaya de tu puerto, ordena a uno de tus capitanes que me lleve a Egipto.» Pasé 19 días en su puerto, y diariamente me mandaba a decir: «A ver si te marchas de mi puerto.»

Cuando el príncipe estaba sacrificando a sus dioses, el dios cogió a uno de los pajes y le hizo caer en convulsiones. Dijo: «Traed al dios de la luz. Que venga el mensajero que está con él. Amón es quien le ha enviado; él es quien le hizo venir.»

Mientras el convulsionario descansaba, aquella noche encontré yo un barco que iba destinado a Egipto, cargué en él cuanto poseía y, mirando a la oscuridad, pensé: «Cuando entre, cargaré también la imagen del dios para que no le vea ningún otro ojo.» En esto vino a mí el comandante del puerto y me dijo: «Quédate aquí hasta mañana a la disposición del príncipe.» Yo le dije: «¿No eres tú el que venías a diario a decirme: vete del puerto? ¿Has

dicho alguna vez: quédate? Ahora el príncipe dejará zarpar el barco que he encontrado y luego volverás tú a decirme: vete del puerto.»

Me volvió la espalda y fué a referírselo al príncipe. Este mandó llamar al capitán del barco y le dijo: «Espera hasta mañana a la disposición del príncipe.» Al llegar la mañana, mandó que me subiesen a su presencia, mientras el dios descansaba en su sitio, a la orilla del mar. Le hallé en sus habitaciones superiores con la espalda apoyada en una ventana, mientras el oleaje del gran mar de Siria batía detrás de él.

Yo le dije: «A la gracia de Amón.» El me dijo: «¿Cuánto tiempo hace, hasta el día de hoy, que has salido de la morada de Amón?» Yo le respondí: «Cinco meses justos hasta hoy.» El me dijo: «¿Dices la verdad? ¿Dónde está el escrito de Amón y la carta del Gran Sacerdote que debieras traer?» Yo le respondí: «Se las he dado a Smendes y Tent-Amon.» El se puso colérico y dijo: «¿Ves cómo no tienes escrito ni carta? ¿Dónde está al menos el barco de madera de cedro que te ha dado Smendes? ¿Dónde está su tripulación siria? ¿No te habrá dado a ese capitán para que te mate y te arroje al mar? ¿Dónde se hubiera entonces buscado al dios? ¿Y a ti, dónde se te hubiera buscado?» Así me dijo. Yo le respondí: «Y, sin embargo, es un barco egipcio y una tripulación egipcia. Lo tripulan para Smendes. No tiene ninguna tripulación

siria.» El me dijo: «Sin embargo, hay en mi puerto 20 barcos que están en sociedad con Smendes, y en Sidón, por donde tú has pasado, hay también 50 barcos que están en sociedad con Birkatel y navegan hacia su casa.»

Yo me callé en este gran momento. El respondió y me dijo: «¿Qué misión te ha traído aquí?» Yo le dije: «He venido a buscar madera para la barca augusta de Amón-Re, rey de los dioses. Lo que hicieron tu padre y abuelo, bien puedes hacerlo tú también.» El me dijo: «Lo han hecho, en efecto, y si tú me das algo por ello, yo lo haré también. Es cierto que los míos han cumplido ese encargo, pero el Faraón enviaba aquí seis barcos cargados de productos egipcios, que se descargaban en los depósitos. Tráeme tú algo también.» Mandó buscar los diarios de sus padres, hizo que me los leyesen y se halló que en el libro estaban registrados mil *deben* de plata. El me dijo: «Si el rey de Egipto fuese mi señor y yo su servidor, no hubiera enviado plata y oro al decirme: cumple el encargo de Amón. Tampoco fué una donación la de mi padre como las que se acostumbran a hacer entre reyes. Pero yo no soy tu servidor, no soy tampoco el servidor del que te ha enviado. Si grito hacia el Líbano, ábrese el cielo y caen los árboles y vienen a colocarse en la orilla del mar. ¿Por qué no me enseñas las velas que has traído para los barcos que van a llevar las maderas a Egipto? En-

séñame las cuerdas que has traído para atar los troncos que yo te regale. Pues sin todas estas cosas no puedes marcharte con la madera, y si yo te hago las velas para tus barcos, serán demasiado pesadas, se romperán y caerás al mar. Pues Amón truena en el cielo y manda bramar a Sutech (dios de las tormentas.) Pues Amón ha repartido sus bienes entre todos los países y la tierra de Egipto fué la más ricamente dotada. De allí han venido las artes hasta mi morada y ha venido también la ciencia. ¿Para qué te han hecho emprender este viaje pueril?»

Yo le dije: «No es cierto. El viaje que yo hago no es un viaje pueril. No hay ningún navío en el agua que no sea de Amón. Suyo es el mar, suyo es el Líbano, del que tú dices: es mío. Suyo es el terreno donde crecen los árboles para la barca de Amón, señor de todos los navíos. Por eso Amón-Re, rey de los dioses, ha hablado a Hrihor mi señor, diciéndole: «Envíame», y él me ha enviado con ese gran dios. Pero tú has hecho aguardar a ese gran dios veintinueve días después de abordar en tu puerto, sabiendo muy bien quién era. El es el mismo que ha sido, y tú pretendes regatear sobre el Líbano con su señor Amón. Y cuando dices que los reyes anteriores han enviado plata y oro, yo te digo que si lo que hubieran donado fuese vida y salud, no habrían enviado esos presentes materiales. Tus antepasados

han enviado esas cosas a cambio de la vida y la salud.

Amón-Re, dios de los dioses, es el señor de la vida y la salud y fué el señor de tus antepasados, que durante toda su vida sacrificaron a Amón. Si tú ahora dices a Amón: sí, lo haré, y cumples su encargo, vivirás y gozarás de salud y serás agradable a tu país y a tus gentes. Pero no codicies lo que pertenece a Amón-Re, rey de los dioses, pues el león ama su patrimonio.

Manda llamar al escriba para enviárselo a Smendes y a Tent-Amón, protectores de la tierra, que han sido colocados por Amón al norte de su país; y ellos mandarán cuanto haga falta. Yo les escribiré: Enviadlo hasta que yo vuelva al Sur y os devuelva todo lo que os debo.» Así le dije.

Le dió mi carta a un emisario y cargó sobre el navío la pasarela, la cabeza de delante y la de atrás, así como cuatro trozos más de madera, en total siete maderos, y lo envió a Egipto.

Su emisario marchó a Egipto y volvió a Siria en el primer mes del invierno. Smendes y Tent-Amón me enviaron cuatro jarros y una vasija de oro, cinco jarros de plata, diez piezas de lino real, diez *chered* de buen lino del alto Egipto, 500 rollos de papiro fino, 500 pieles de buey, 500 cuerdas, 20 sacos de lentejas, 30 cestos de pescados. También me envió Tent-Amón personalmente

cinco vestidos de lino del alto Egipto, cinco *chered* de lino del alto Egipto, un saco de lentejas, cinco cestos de pescados.

El príncipe se regocijó y destinó 300 hombres y 300 bueyes para derribar los árboles y puso vigilantes a su cabeza. Los derribaron, y los troncos pasaron el invierno tirados en el suelo. Pero al tercer mes de verano se los arrastró a las orillas del mar.

El príncipe salió, llegó a donde estaban ellos, mandó llamarme y me dijo: «Ven.» Al ponerme cerca de él cayó sobre mí la sombra de su sombrilla, y Penamón, uno de sus familiares, se puso entre nosotros y dijo: «La sombra del Faraón, tu señor, ha caído sobre ti.» Pero el príncipe se irritó y le dijo: «Déjale tranquilo.» Me puse a su lado y él me respondió, diciendo: «Ve; he cumplido la misión que antes habían ejecutado mis padres, aunque tú no me has hecho lo que tus padres me habían hecho. Hasta la última de tus maderas ha venido y ahí está. Ahora obra según tu corazón y cárgalas, pues te las doy de veras. Sin embargo, no consideres lo terrible que es el mar para partir, y si lo consideras, considera también que yo soy temible. Verdaderamente, yo no te he hecho lo que se hizo a los enviados de Cha-em-wese cuando estuvieron en este país diez y siete años para morir en él.» Le dijo a su familiar: «Llévale contigo y enséñale la tumba en que descansan.»

Yo le dije: «No me la enseñes. Las gentes que Cha-em-wese envió como embajadores eran hombres y él tampoco era más que un hombre, y, sin embargo, tú me dices: «Ve y contempla a tus padres.» ¿No sería mejor que te regocijases e hicieses levantar un monumento sobre el cual grabases esta inscripción: «Amón-Re, rey de los dioses, me ha enviado a su embajador Amón Viajero junto con Unamún, su embajador humano, en busca de madera para la gran barca magnífica da Amón-Re, rey de los dioses. Yo he cortado la madera, la he cargado, le suministré mis navíos y mis tripulaciones. Envié el cargamento a Egipto, a fin de obtener de Amón diez mil años de vida, a más de los que me están destinados. Así sea»? Cuando en tiempos posteriores venga de Egipto un embajador que conozca la escritura y lea tu nombre grabado en la piedra, recibirás en el Oeste (morada de los bienaventurados) agua, lo mismo que los dioses que allí están.» El me dijo: «Es un gran testimonio el que me has dicho.» Yo le dije: «Por lo que toca a lo mucho que me has dicho, cuando haya regresado a la morada del Gran Sacerdote de Amón y éste vea cómo has cumplido su encargo, seguramente te enviará algún don.»

Me fuí a la orilla del mar, donde estaba la madera, y divisé once navíos que venían por el mar, los cuales pertenecían a los Zakares y traían esta

misión: «Prendedle y que no salga para Egipto ninguno de sus navíos.» Entonces yo me senté y me puse a llorar.

El secretario del príncipe me dijo: «¿Qué tienes?» Yo le respondí: «Ya ves los pájaros que bajan por segunda vez a Egipto. Míralos; van al agua fría. Y yo, ¿cuánto tiempo habré de quedarme aquí? Pues ya ves que ésos vienen para prenderme.»

Se marchó y se lo dijo al príncipe, y el príncipe se echó a llorar, a causa de las tristes palabras que le decía, y envió a su secretario a que me llevase dos ánforas de vino y un carnero. Me envió también a la Tent-nut, una cantora egipcia que poseía, diciéndole: «Cántale, para que no le invada la tristeza.» Y me mandó a decir: «Come y bebe y no tengas preocupaciones. Ya oirás mañana lo que voy a decir.» Al llegar la mañana, convocó a su consejo, y estando en medio de él, les dijo a los Zakares: «¿Qué manera de venir es ésa?» Ellos le dijeron: «Venimos persiguiendo los navíos destrozados que envías a Egipto con nuestros camaradas.» El les dijo: «No puedo prender en mi país al embajador de Amón. Dejadle que parta y luego perseguidle para cogerle prisionero.»

Me embarqué y me alejé del puerto hasta que el viento me arrojó al país de Arsa. Los de la ciudad salieron contra mí para matarme y me arrastraron con ellos hasta la morada de Heteb, la prin-

cesa de la ciudad. La encontré cuando salía de una de sus casas para entrar en otra.

La saludé, y les dije a los que estaban con ella: «Seguramente habrá alguno entre vosotros que entienda el egipcio.» Uno de ellos dijo: «Yo lo entiendo.» Yo le dije: «Dile a tu señora: Hasta en Tebas, en la morada de Amón, he oído decir: «En todas las ciudades reina la injusticia, pero en el país de Arsa la justicia.» Y ahora veo que también aquí se comete injusticia.» Ella me dijo: «¿Qué es lo que dices?» Yo le dije: «Porque el mar embravecido y el viento me hayan traído a la tierra en que vives, no permitirás que me prendan para matarme, pues yo soy un embajador de Amón. Piensa que me buscarán sin descanso. Y si matan, como quieren, a esta tripulación del príncipe de Byblos, su señor matará diez tripulaciones tuyas si las encuentra.»

Ella mandó convocar a su pueblo y vinieron. A mí me dijo: «Vete a dormir»...

(El final falta. Aquí termina el papiro.)

12

Advertencias y amonestaciones al discípulo

(La vida en la escuela.)

TE pongo en la escuela con los niños de los grandes para educarte e instruirte, a fin de que puedas ocupar un cargo que pueda adelantarte en tu carrera.

Escucha, que te voy a decir cuál es la suerte del escriba cuando... Despierta, los libros están ya delante de tus compañeros. Pon tu mano en tus vestidos y busca tus sandalias. Coge tu tema del día; no seas perezoso, y lee con aplicación en el libro. Cuando hagas cuentas de cabeza, que no se te oiga ni una palabra.

Escribe con tu mano y lee con tu boca. Pregunta a los más adelantados. No te desalientes, no

pases ningún día en la ociosidad, o ¡ay de tus miembros! Penetra en los gustos de tu maestro y atiende a sus instrucciones. Yo estoy de continuo a tu lado. Ten cuidado y no digas nada.

(Sé aplicado.)

¡Oh escriba, no seas holgazán, no seas holgazán, si no te castigarán duramente! No pongas en las diversiones tu corazón, pues, de lo contrario, caminas a tu ruina. Escribe con tu mano y lee con tu boca, y pide consejo a los que saben más que tú.

Que estos consejos te preparen para alcanzar un cargo, cuando seas viejo. Será feliz el escriba experimentado en todos sus cargos. Sé fuerte en el trabajo diario, y los conseguirás. No pases ningún día ocioso o te pegarán. El oído de los jóvenes está a su espalda y oyen cuando les pegan.

Pon tu corazón en las palabras que te digo, que te serán provechosas.

Se enseña a bailar a un *kaeri* (animal etíope), se doma a los caballos, se pone un milano en un nido, se le atan las alas a un halcón.

Sé constante en pedir consejo, no lo descuides, y no tengas repugnancia a escribir.

Pon tu corazón en las palabras que te digo, que te serán provechosas.

No seas un insensato sin educación.

Por la noche te enseñan y por el día te educan, pero tú no escuchas ninguna explicación y haces lo que se te viene al pensamiento.

El *kaeri*, cuando lo traen de Etiopía, escucha las palabras que se le dicen. Se educa a los leones, se doma a los caballos. Sólo tu manera de ser no tiene igual en todo el país. Fíjate bien.

(Sé aplicado.)

Mi corazón siente repugnancia de seguir adoctrinándote.

Aunque te den cien golpes, tú no haces caso de ellos. Eres como un burro aporreado, que sigue tan terco; eres como un negro cuando lo llevan al tributo.

Se pone al milano en un nido, se atan las alas del halcón; yo haré de ti un hombre, muchacho perverso. Fíjate bien.

(La cerveza y las muchachas.)

Me dicen que abandonas la escritura y te entregas a las diversiones; que andas de calleja en calleja, buscando tu perdición, allí donde huele a cerveza. La cerveza aparta de ti a los hombres y hace que se destroce tu alma.

Eres como un remo roto que no rema en ningún sentido. Eres una capilla sin Dios o una casa sin pan.

Te han encontrado trepando por un muro. La gente corre de ti, porque la maltratas y la hieres.

¡Si supieras que el vino es una calamidad, y jurases no probar la bebida del *schedeh,* y no pusieses el jarro sobre tu corazón, y olvidases el *telek!*

Te enseñan a tocar la flauta y a silbar con el pito, a tocar el *kinnor* y a cantar con el *nezech.*

En la casa estás rodeado de rameras; estás allí y haces...

Estás sentado ante la muchacha, rociado de aceite; la corona de *ischetpenu* (una planta) cuelga de tu cuello y tableteas en el vientre con tus dedos.

Vacilas y caes sobre tu cuerpo; estás completamente enlodado.

(El discípulo es encadenado.)

He oído que persigues los placeres. No vuelvas la espalda a mis palabras. ¿Tu ánimo se encamina a todo género de cosas sordas?

Haré que llenen de espinas tus pies, para cuando andes dando vueltas por las calles. Serás golpeado con un zurriago de piel de hipopótamo.

Sin embargo, he visto a muchos como tú que trabajaban en el despacho de los escribas y que cuando decían: «por Dios», añadían siempre: «los libros no sirven para nada». Y, sin embargo, han llegado a ser escribas y su nombre era recordado para los encargos importantes.

Si quieres tomar ejemplo de mí, te recordaré que cuando tenía tus años pasaba mi tiempo con esposas en las manos y que ellas fueron las que domaron mis miembros, cuando las tuve puestas durante tres meses, encerrado en el templo, mientras mi padre y mi madre y mis hermanos estaban en el campo. Cuando me las quitaron y mis manos se vieron libres, aventajé lo que había sido antes, y fuí el primero de mis compañeros, y los sobrepujé en el arte de la escritura.

Haz lo que te digo, y mañana te encontrarás con que no tienes a nadie por encima de ti.

(Sé aplicado.)

Me dicen que dejas tu trabajo de escritura y huyes de él. Abandonas la escritura todo lo aprisa que tus pies te lo permiten. Eres como un tronco que...

Brinca tu corazón, y eres como un pájaro; tu oído no escucha reflexiones, y eres como un asno a quien se le pega. Eres como un antílope en la huída.



Pero tú no eres un cazador del desierto o del Oeste.

No eres un sordo que no oye y al que hay que hablar con las manos.

Eres como un grumete de un barco, que en el barco aprende cuando es marinero y está colocado a proa. No se fija en los vientos contrarios ni repara en la corriente. Cuando se suelta el cable, se embrolla en él.

(Sigue un pasaje más oscuro todavía que éste y que termina así:)

Tiene una oreja grande el día del asno y un timón el día del barco.

Yo le haré todo esto si vuelve la espalda a su cargo.

(No te hagas labrador.)

Me dicen que abandonas la escritura y te entregas a las diversiones; que te dedicas al trabajo de los campos y vuelves la espalda a la palabra de Dios, a los escritos sagrados. ¿No piensas en lo que le ocurre al labrador, cuando le imponen la contribución sobre la cosecha? La mitad del grano se la han llevado los gusanos, y lo demás los hipopótamos. En el campo hay muchas ratas y han caído sobre él los caracoles. Come el ganado y roban los gorriones. ¡Pobre labrador!

Del resto que se ha encerrado en el granero, dan fin los ladrones. Se han echado a perder los aperos de cobre; muere la yunta arando.

Aparece el escriba a imponer la contribución sobre la cosecha. Los alguaciles traen varas y los negros traen vergajos de palmera. Todo se vuelve decirle al labrador: «Trae acá tu grano.» «No tengo ninguno.» Le pegan hasta que queda tendido, le atan, le tiran al foso. Atan a su mujer en su presencia y encadenan a sus hijos. Sus vecinos los abandonan; huyen y ponen en salvo su grano.

El escriba es quien dirige el trabajo de todos. No hay impuestos para él, pues paga con sus escritos, ni le alcanza ninguna contribución. Fíjate bien.

(No te hagas oficial.)

Trabaja con empeño en la escritura, pues estarás así por encima de todas las labores y llegarás a ser un funcionario prestigioso.

¿No piensas en la suerte del ocioso cuyo nombre es desconocido? Se le carga como a un asno y tiene que llevarle su carga al escriba, que ha entendido la manera de vivir.

Déjame ahora que te diga cuán miserable es la suerte de un oficial inferior, dada la muchedumbre de sus jefes. El general, el coronel de las tropas auxiliares, el *saket* que le precede, el portaestandarte y el lugarteniente, el escriba del ejér-

cito y el jefe de los *iwai,* todos ellos entran y salen en el palacio real. Todos le dicen al oficial: «Trabaja.»

Le despiertan como a un asno. Trabaja hasta que se pone el sol, hasta bien entrada la tarde. Pasa hambre y su cuerpo está muerto, aun cuando vive todavía.

(No seas oficial.)

No tiene sentido eso de decir que los oficiales lo pasan mejor que los escribas.

Ven que te diga cuál es su suerte aporreada desde el momento en que le llevan como a un niño para encerrarle en el cuartel. Recibe en su cuerpo un golpe que quema, en el ojo un golpe que destroza, en las cejas un golpe que le deja tendido, y le abren la cabeza de una herida. Le tienden en el suelo y le golpean como si fuese un papel. Los azotes le destrozan.

Ven que te diga cómo va a Siria y cómo marcha por las montañas. Lleva a la espalda, como carga de asno, su pan y su agua; se le pone el lomo como el de un asno y su espalda pronto se encorva. Su bebida es agua maloliente. Cuando se hace alto en la marcha, tiene que hacer guardia, y cuando llega ante el enemigo, es como un pájaro enjaulado, sin fuerza alguna en sus miembros.

Al volver a Egipto es como un pedazo de madera roída de gusanos; si cae enfermo, le ponen sobre un asno, le roban sus vestidos y su asistente se escapa.

¡Oh escriba Ennana! No creas la opinión de que el oficial tiene mejor suerte que el escriba.

(No seas oficial.)

Convierte durante el día tu rostro a la escritura y lee a la noche, pues ya sabes cómo el soberano distribuye los cargos entre todos. Se examina a todos los súbditos y se coge a los mejores; al hombre se le hace oficial y al joven recluta. Al niño sólo se le educa para arrancarle de los brazos de su madre; cuando llega a ser hombre, tiene los huesos destrozados.

¿Acaso eres un asno a quien se dirige porque no tiene inteligencia en su cuerpo?

Busca un buen empleo de escriba; agradables y ricos son tus utensilios de escribir y tu rollo de papiros, y estás alegre a diario.

Fíjate bien.

(No seas oficial de un carro de combate.)

Procura ser escriba, para dirigir al mundo entero.

Ven que te hable de un triste destino, el de ofi-

cial de carro de combate. En consideración a su buena familia, le ponen en el cuartel de los carros del rey, con cinco esclavos; dos de ellos se le dan como asistentes.

Corre a buscar caballos en los rebaños de Su Majestad; cuando obtiene hermosos caballos, se alegra y regocija. Llega con ellos a su ciudad y la apisona con las pisadas de sus caballos. Magnífico aparece cuando corre así por la ciudad; pero no sabe lo que le aguarda.

Se gasta el caudal que tiene de su padre y de su madre para comprarse el carro; el tronco le cuesta tres *deben* y cinco *deben* el carro.

Lleno de ardor, se marcha a la guerra con su carro. Pero por la montaña el carro no rueda y tiene que marchar a pie, metiéndose los pies en sandalias; tiene que dejar el carro en la espesura, y sus pies se destrozan y sus muslos están llenos de pinchazos.

Cuando se trata de instruir a la tropa, pasa grandes tormentos; se le tiende en el suelo y le dan cien azotes.

(No seas oficial, sacerdote ni panadero.)

¡Hazte escriba! Los escribas están dispensados de todo trabajo y libres de toda obra. Están dispensados del trabajo de la azada y no necesitan acarrear cestos.

El escriba está libre de guiar el carro y de todas las fatigas. Siendo escriba no tendrás muchos señores ni una multitud de superiores.

El que no se hace escriba está ya a las plantas de sus superiores cuando nace del vientre de su madre; el muchacho se hace asistente de un oficial y el joven entra de recluta. Al hombre se le hace labrador y al burgués mozo de cuadra. Al cojo se le hace portero y al corto de vista se le dedica a alimentar el ganado. El cazador se pasa la vida a la intemperie y el pescador en la humedad.

El jefe de cuadra está en su trabajo del campo, dejando a las caballerías pastar solas. Entre tanto, a su mujer se le arroja trigo y su hija está a la orilla del río. Si sus caballerías huyen y le abandonan, le llevan a las tropas *iwai*.

El oficial inferior, cuando va a la campaña de Siria, no lleva bastón ni sandalias. No sabe si vive o si le matarán los leones enfurecidos. El enemigo acecha en la espesura, el adversario está dispuesto a la pelea; el oficial, cuando emprende la marcha, invoca a su Dios: «Ven a mí y sálvame.»

El sacerdote trabaja en el campo, y el sacerdote inferior en los trabajos públicos del canal, donde le penetra la humedad; para él no hay diferencia entre el invierno y el verano, entre el viento y la lluvia.

Cuando el panadero mete el pan a cocer, tiene la cabeza dentro del horno y su hijo le sostiene por los pies. Si la mano del hijo resbala, se cae en la lumbre.

Sólo el escriba dirige todas las obras que se emprenden en este país.

(Sé funcionario.)

No dejes que tu corazón flote como las hojas a merced del viento. No pongas tu corazón en los placeres, que de nada sirven ni prestan al hombre servicio alguno. El que trabaja corporalmente y tiene que servir al Colegio de los treinta funcionarios superiores, trabaja empeñadamente, empleando todas sus fuerzas, pues su labor es dura. No tiene criado que le traiga agua, ni mujer que le cueza pan; en cambio, sus más afortunados compañeros, que se han hecho escribas, viven a su antojo y sus criados hacen por ellos los trabajos duros. Entre tanto, el insensato trabaja y sus ojos miran con envidia al escriba.

Fíjate, pues, perverso, terco, que no oyes lo que te hablan. Apresúrate a coger el buen cargo. El escriba es el que dirige todos los colegios de funcionarios y a los que rodean al rey. Fíjate bien.

13

Cantos de amor

(La muchacha habla.)

...mi Dios. Cuán dulce me es irme al estanque a bañarme ante ti, mostrándote mi belleza, en una camisa del más fino lienzo mojada de agua... Bajaré contigo al agua y volveré a subir con un pez rojo, tan lindo, entre mis dedos. Ven y mírame.

(El muchacho habla.)

El amor de mi hermana* está del otro lado; el río nos separa y en el banco de arena acecha un cocodrilo. Pero cuando bajo al agua, floto sobre la

* Denomínanse entre sí los enamorados hermano y hermana.

corriente; mi corazón es valeroso entre las ondas y el agua es como si fuese tierra para mis pies. Su amor es el que me da fortaleza y él conjura a los cocodrilos.

Veo venir a mi hermana, y mi corazón se llena de júbilo. Mis brazos están abiertos para abrazarla y mi corazón se regocija en su sitio cuando mi dueña viene a mí.

La abrazo, y sus brazos están abiertos y es como si percibiese el aroma de un ungüento de Punt.

Cuando la beso en sus labios abiertos, estoy gozoso, aunque no tenga cerveza. Le digo a mi criado: pon los más finos lienzos para sus miembros, no hagas el lecho con lienzo del llamado real y guárdate de emplear lienzo blanco. Adorna su cama y perfúmala con óleo de Tischepe.

¡Oh, quién fuera la negra que la acompaña, para ver el color de todos sus miembros!

¡Oh, quién fuera el lavandero, para lavar los ungüentos perfumados de sus vestidos!

¡Oh, quién fuera la sortija de su dedo!

(La muchacha habla.)

Si deseas acariciar mi muslo, mi pecho, te... ¿Quieres irte porque te acuerdas de la comida? ¿Acaso eres glotón? ¿Quieres irte para vestirte? Yo tengo una túnica. ¿Quieres irte porque estás

sediento? Toma mi pecho; para ti corre lo que contiene. Bello es el día que...

Tu amor ha penetrado en mi cuerpo como... que se mezcla con agua, como la manzana del amor cuando se la mezcla... y como la pasta cuando se mezcla con...

Corre a ver a tu hermana, veloz como un caballo.

(El muchacho habla.)

La hermana es un campo de flores de loto, y su pecho un campo de manzanas de amor. Su frente es como un lazo para pájaros, hecho de madera de meru, y yo soy el ganso atraído por el gusano.

(La muchacha habla.)

¿No tiene mi corazón compasión para tu amor por mí? Yo no dejaré tu amor, aunque me peguen hasta Palestina con palos y porras, hasta Etiopía con varas de palmera, hasta la colina con bastones y hasta la tierra de labor con zurriagos. No oiré sus consejos ni dejaré de amarte.

(El muchacho habla.)

Voy río abajo, con mi manojo de juncos sobre el hombro. Voy a Menfis y le diré a Ptah, se-

ñor de la verdad: «Dame esta noche a mi hermana.» El río se ha convertido en vino, Ptah es un junco, Sechmet una flor de loto, Earit su brote y Nefertem su flor*. El día alumbra su belleza; Menfis es una fuente de manzanas de amor, colocada ante Ptah, el del hermoso rostro.

Me meteré en mi casa y me pondré enfermo. Entrarán mis vecinos a verme. Y si mi hermana viene con ellos, expulsará a los médicos, pues conoce mi enfermedad.

La cerradura de la hermana, su puerta, está en medio de la casa y las hojas están abiertas; la hermana sale colérica a reñir. ¡Oh, quién fuera su portero para oír su voz colérica como un niño que tiembla de miedo!

(La muchacha habla.)

Voy por la corriente del soberano y entro en la de Re con mi barca. Quiero ir allí donde se plantan las tiendas, en la desembocadura del Mertiu. Allí pienso emprender veloz carrera; no callaré cuando mi corazón piense en Re. Así veré cuándo llega mi hermano.

Cuando esté contigo, en la desembocadura del Mertiu, llevarás mi corazón camino de Heliópo-

* Ptah es el dios de Menfis; Sechmet, la diosa de la guerra, es la amante de Ptah; Nefertem, de figura de flor, es hija de ambos.

lis, en busca de Re. Me retiraré contigo a los árboles del jardín. Colgaré en los árboles mi mosquitero. Veré lo que haces cuando contemples mi rostro. Mis brazos están llenos de ramas de persea y mi cabello de ungüento perfumado. Cuando estoy en tus brazos, soy como una princesa del señor de ambos países.

14

El gran himno de Amón

(Invocación.)

Adoración de Amón-Re, toro de Heliópolis, cabeza de todos los dioses, buen Dios, amado, el que da vida a cuanto alienta y a todos los buenos rebaños.

(Primer canto.)

¡Loor a ti, Amón-Re; tú, señor de Karnak; tú, el primero de Tebas, toro de tu madre, que es el primero en su campo!

Tú, el del paso aventajado, señor del Alto Egipto, señor del país de Matoi y señor de Punt.

Tú, el mayor del cielo, el más antiguo de los dioses, el señor de lo que existe, que permanece en todas las cosas.

Unico en su género entre los dioses, hermoso toro de los nueve dioses, cabeza de todos los dioses.

El señor de la verdad, el padre de los dioses; que hizo a los hombres y creó a los animales.

El señor de cuanto existe, el que crea el árbol frutal, el que hace la hierba y alimenta el ganado.

La hermosa figura creada por Ptah, el bello mancebo amado, aquel a quien ensalzan los dioses.

El que ha creado a las estrellas de arriba y a los hombres de abajo; el que ilumina los dos países; el que recorre dichoso el cielo; el señor del Alto y del Bajo Egipto, Re, el justo.

El supremo señor de entrambos países; el fuerte, el señor del poder; el supremo, que ha hecho toda la tierra.

El de esencia más sublime que la de todos los dioses; el de cuya belleza se regocijan los dioses; el ensalzado en la Gran Casa y el coronado en el Templo de las llamas.

El de aroma preferido por los dioses cuando viene de Punt; el rico en perfume cuando desciende del país de Matoi; el de bello semblante cuando viene del país de Dios (el Este).



Los dioses se aprietan contra sus pies cuando reconocen a Su Majestad como su señor. El temible y espantoso, de poderosa esencia e imponente apariencia, que verdea de manjares y crea los alimentos.

Loor a ti, que creaste a los dioses, que alzaste el cielo y tendiste a tus pies la tierra.

(Segundo canto.)

El sano ha despertado. ¡Min, Amón! Señor de la eternidad, que creaste el Siempre. ¡Oh tú, ensalzado primero!...

El de los cuernos finos y bello rostro. Señor de la corona, adornada de altas plumas, con bella diadema y elevada corona blanca. La serpiente de Mehent y las dos serpientes de Buto están en su rostro; y la doble corona y el turbante y la corona azul. El del bello semblante cuando toma la corona de Atef; el amado de la corona del Alto y de la del Bajo Egipto. Señor de la doble corona, cuando toma el cetro de Ames, el que trae las disciplinas.

El soberano coronado con la corona blanca. El señor de los rayos que ha creado la luz. Aquel a quien los dioses tributan alabanzas.

El que tiende su brazo a quien ama y entrega a las llamas a sus enemigos. Su ojo es el

que derriba al enemigo; hunde su lanza en aquel que absorbe el océano y hace al dragón vomitar lo que se ha tragado*.

Gloria a ti, Re, señor de la verdad. Tú, cuya capilla está escondida, señor de los dioses. El que navega en su barca; aquel a cuya orden nacieron los dioses.

Atum, el que ha creado a los hombres; el que distinguió su ser y les dió vida; el que diferenció los colores unos de otros.

El que oye con corazón benévolo la súplica del prisionero cuando le llama.

El que libra a los temerosos de los osados; el que interviene entre los míseros y los fuertes.

El señor de la sabiduría, en cuya boca está la predicción. Por amor a él viene el Nilo, el dulce, el amado, y cuando ha venido, viven los hombres.

Deja abiertos todos los ojos. Su bondad crea la luz. Los dioses se regocijan de su belleza y sus corazones viven cuando le contemplan.

(Tercer canto.)

¡Oh Re, el que es venerado en Karnak, el que muestra su grandeza en la casa de Benben, el de

* El dragón Apofis absorbe el océano para que el navío del sol no pueda navegar sobre él.

Heliópolis; el señor del noveno día del mes, a quien se celebra en el sexto y séptimo!

El rey, el señor de todos los dioses; el halcón que está en el horizonte; la cabeza de los hombres. Su nombre está escondido a sus hijos; en su nombre Amón (que puede significar «el escondido»).

Gloria a ti, dichoso, señor de la alegría, de imponente apariencia. Señor de la corona de altas plumas; el de la bella diadema y la alta corona blanca.

Los dioses te miran con agrado cuando tienes sobre tu frente la doble corona.

El amor a ti está extendido por ambos países y tus rayos brillan en los ojos. Cuando tú sales, es dichoso el hombre; los animales desfallecen cuando tú irradias.

Eres amado en el cielo del Sur y visto con agrado en el del Norte. Tu hermosura conquista los corazones y tu amor hace desfallecer el brazo. Tu hermosa figura abate las manos; el corazón olvida cuando te contempla.

Tú eres el único, que creó lo que es; el único entre todos, que creó lo que existe; aquel de cuyos ojos salieron los hombres y de cuya boca proceden los dioses.

El que creó la hierba para el ganado y los árboles frutales para los hombres; el que hace aquello de que viven los peces en el agua y los pája-

ros en el cielo; el que da aire al huevo y alimenta al hijo del gusano.

El que hace aquello de que viven los mosquitos y también los gusanos y las pulgas, y lo que necesitan los ratones en sus agujeros; el que alimenta a los pájaros en sus árboles.

Gloria a ti, que has hecho todo esto. El único de las muchas manos. El que vela por la noche cuando todos duermen y busca lo mejor para su ganado.

¡Amón, el que permanece en todas las cosas! ¡Atum, Haratchi! ¡Gloria a ti, en todo cuanto dicen! ¡Gloria a ti, porque te cansas por nosotros! ¡Adoración a ti, que nos creaste!

Gloria a ti, dicen todas las bestias; loor a ti en los desiertos, en toda la altura del cielo, en toda la extensión de la tierra, en toda la profundidad del mar.

Los dioses se inclinan ante Tu Majestad, y ensalzan el poder de su creador, y se llenan de júbilo cuando el que les ha engendrado se les acerca, y te dicen: «Bienvenido seas en paz.»

«Tú, padre de los padres de todos los dioses, que alzaste el cielo y extendiste la tierra, que hiciste lo que es y creaste lo que existe.»

«¡Oh rey, señor supremo de los dioses! Veneramos tu poder, porque tú nos creaste; te cantamos, porque nos has formado; te ensalzamos, porque te fatigas por nosotros.»

Loor a ti, que has hecho cuanto es; señor de la verdad, que hizo a los hombres y creó a las bestias; señor del trigo, que alimentas a los animales del desierto.

Amón, toro de bello semblante; el amado en Karnak, el que en el templo de Benben aparece en toda su grandeza y fué coronado de nuevo en Heliópolis. El que juzgaba en el gran templo en medio de Horus y Seth, el señor supremo de los nueve dioses.

El único, el que no tiene igual; el primero en Tebas, el de Heliópolis, el primero de los nueve, el que vive a diario de la verdad.

Morador del horizonte, Horus del Este. El desierto le da plata y oro y buen lapislázuli, por amor suyo; mirra e incienso mezclados del país de Matoi, y mirra fresca para tu nariz. El del bello semblante cuando viene de Matoi.

¡Amón-Re de Karnak! ¡El primero de Tebas, el de Heliópolis! ¡El primero de su harén!

(Cuarto canto.)

Tú, único rey entre los dioses. Rico en nombres, cuyo número se desconoce. El que sale por el horizonte oriental y se pone por el occidental. El que nace temprano; el que todos los días cae sobre sus enemigos.

Thoth alza sus ojos y le alegra con su excelen-

cia; los dioses cantan su gloria y los monos le saludan alabándole cuando sale.

Tú, señor de la barca de la tarde y de la barca de la mañana, que te llevan en paz por el Nun (océano del cielo).

Tu tripulación prorrumpe en gritos jubilosos cuando ve tendido al enemigo y el cuchillo come sus miembros; el fuego le roe y su alma es más castigada que su cuerpo.

Se ha puesto término a las andanzas del dragón; los dioses cantan y la tripulación de Re se regocija.

Heliópolis grita jubilosa, el enemigo de Atum ha caído. Tebas está satisfecha, Heliópolis se llena de júbilo. La señora de la vida está alegre, el enemigo de su señor ha caído. Los dioses de Babylos cantan jubilosos y los de Letópolis besan la tierra cuando le ven.

Fuerte en su fuerza, el más poderoso de los dioses; tú, justo; tú, señor de Tebas en ese tu nombre «el que creó el derecho».

El señor de los alimentos, toro de los manjares, en ese tu nombre «toro de una madre».

El que creó a los hombres e hizo cuanto existe, en ese tu nombre «Atum-Chep-re».

Gran halcón, que alegra el cuerpo. El de la bella apariencia, que dilata el pecho con su figura y sus altas plumas, con las dos serpientes sobre su frente.

Aquel a quien se adhieren los corazones de los hombres, aquel a quien acuden a ver todos los hombres, el que con su salida alegra a entrambos países.

Loor a ti, Amón-Re de Karnak, cuyo orto ama su ciudad.

Índice

—

Páginas